Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

El Anillo Del Nibelungo

Comentario [LT1]:

Richard Wagner

INDICE

I. EL ORO DEL RHINN

II. II. LA WALKIRIA

III. III. SIGFRIDO

IV. IV. EL CREPÚSCULO DE LOS DIOSES

I
EL ORO DEL RHIN

Desde la antigua fuente de los siglos la clara luz de la aurora y la verdosa del atardecer iluminan las aguas del viejo Rhin, que bordean las selvas de la agreste Germania. Cuando los rayos rasantes del sol doran las aguas parece brotar del fondo del cauce sombrío una extraña canción. Los fresnos y las encinas que trepan las empinadas riberas son los testigos del instante mágico. La paz y la soledad del anochecer son propicias al encantamiento de las aguas que corren presurosas a volcarse en el brumoso mar; sólo los pájaros sorprenden al silencio con sus cantos.

Una roca escarpada emerge del centro de la corriente; a su alrededor la melodía se oye clara y nítida. Cantan las ondinas, las hijas del viejo río, mientras velan un tesoro escondido en el peñasco: el oro brillante, cuya posesión concede la riqueza, la herencia del mundo y el poderío sin límites.

Wotan, el primero de los dioses nórdicos, protege a las ondinas que día y noche custodian el tesoro; un enemigo oculto y artero acecha el instante propicio para robarlo y disputar a los dioses el dominio del mundo.

En el inundo celeste ele las nubes y las nieblas moran los dioses. Un palacio etéreo, reluciente y fantástico, ha sido construido por la raza de los gigantes por orden y deseo de Wotan; por ello, ha contraído un compromiso con esa raza y el pacto ha sido inscripto en el asta hecha del fresno inmortal que sostiene al mundo. Son las "runas", que Wotan deberá cumplir a pesar de su destino. Los dioses aguardan impacientes la terminación del palacio para habitarlo y protegerse del manto opaco de la noche.

Sobre la tierra enverdecida por bosques y prados; con sus ríos, nieve endurecida en invierno y corriente abundosa en verano, está el dominio de los gigantes, Rícsenhein, aún no hecho suyo por los hombres. En las entrañas de la tierra, en sus senos oscuros y sombríos mora una raza de enanos, sin belleza y sin bondad, los Nibelungos; su reino es Nibelhein.

Welgunda, Floshilda y Woglinda son las ondinas que entonan todas las tardes su canción al viejo Rhin. Cuando la última llamarada del sol alumbra al río parece que las aguas se incendiaran alrededor de la roca sagrada. La corriente parece un ascua movible un instante; luego la sombra cae sobre las aguas, y la niebla desciende oscureciéndolo todo hasta la jornada siguiente.

El enano Alberico decide salir del fondo negro de su reino y conquistar una ondina, cuyos cabellos de brillo broncíneo y ojos de agua verdosa sueña con mostrar a la envidia de los Nibelungos. Pequeño y horrible, viviendo en un dominio sin luz y sin alegría, tiene el alma cegada de amargura. La envidia a la raza de los dioses lo corroe. Aspira a derribar la maravillosa fábrica de nubes que les han construído los gigantes y, erigiéndose en rey de los Nibelungos, dominar al universo todo.

El enano no puede lograr ser amado; jamás dulce de mujer que supiera a mieles halagó su oído. Surgiendo del reino de las sombras contempla desde las altas rocas el correr libre de las aguas bordeadas de márgenes boscosas. Le llega el canto de las hijas del Rhin; en las aguas brillan los torsos y flotan las cabelleras de las bellas guardianas. Se arroja al agua y las persigue.

La fealdad y la torpeza de Alberico, que salta de roca en roca jadeante y amenazador, les dan motivo de bullicio y de risueños comentarios. Juegan con él y le provocan; le humillan y le consuelan falsamente. Palabras de amor apasionado y colmadas de angustia pronuncia Alberico. La juguetona alegría de las hijas del río es lo único que le responde. Cansado y dolido el enano reprocha la maldad y el desvío de

las ondinas.

-¡Ardiente amor me quema! ¡Y aunque riáis y mintáis voy a perseguiros; alguna se me rendirá! ¡Ah, si este puño pudiese alcanzar a una!

Un rayo último de sol se desliza hasta el fondo del río y como todos los atardeceres la luz aumenta por grados y luego es un fuego vivísimo al acercarse a la roca central, desde donde se irradia en una mágica iluminación. La sorpresa del enano es indecible; olvida su amor y la persecución de las ondinas.

-Decidme -pregunta.- ¿Qué es ese intenso resplandor?

-¡Cómo! ¿De dónde sales que no has oído hablar del oro del Rhin, cuyo ojo vela y duerme alternativamente? Quien posea un anillo forjado con el oro del Rhin es dueño del mundo.

Y nadando y rebullendo alrededor de la roca las ondinas prosiguen su canto:

-¡Oro del Rhin! ¡Oro del Rhin! ¡Qué placer causa tu brillo! ¡Qué vivo resplandor se desprende de tu seno! ¡Despierta! Rodearemos tu lecho cantando y bailando.

Atónito el enano contempla la irradiación del oro bajo el temblor de las aguas mientras piensa en las palabras de las ondinas que cuentan los poderes que concede su posesión. Pero sólo podrá alcanzarlo -le dicen las hijas del Rhin- quien renuncie al amor y a sus deleites; porque sólo así podrá forjar el anillo. No puede quitar sus ojos del brillo mágico y una ambición irrefrenable empieza a dominarlo. Despreciado por el amor, objeto de las burlas de las ondinas, resuelve renunciar a la conquista de las hijas del Rhin y de toda otra mujer y de inmediato trama el robo.

Las ondinas mismas favorecen sus planes. ¿Cómo temer de un enano torpe y sensual, que se pasa la vida buscando quien le ame? Juegan en la corriente y descuidan el tesoro. Entonces el oscuro nibelungo se hunde de improviso en las aguas y con ímpetu arranca el oro, sumergiéndose con él en el fondo del Rhin.

La oscuridad desciende de pronto al lecho del río y se oyen las voces angustiadas de las ondinas que claman por el oro. Se llenan las riberas con sus ecos y lamentaciones. Invocan a los dioses, llaman al padre Wotan:

-¡Detenedle! ¡Salvad el oro! ¡Socorro, socorro!

La tarde ensombrecida ve llegar la noche; el viejo Rhín sigue su incansable carrera al mar, oscuro y hosco. La noche pasa presurosa con su carga de estrellas y cl nuevo día alumbra la desolación de las ondinas.

La niebla lechosa del amanecer vela el reino celeste de los dioses. El día naciente ilumina el castillo etéreo de Wotan, erizado de almenas relucientes, con puentes levadizos, sostenido por el arco de las nubes y levantado más allá de los montes. En la tierra se aclaran el enverdecido valle del río, las crestas de las montañas y la mancha oscura de los bosques. Los dioses despiertan y admiran el alcázar. El padre inmortal descansa sobre el césped y su esposa Fricka junto a él le habla:

-¡Despierta del dulce engaño del sueño; despierta y medita!

El dios se incorpora y admira la obra construída por los gigantes, tal como la soñó su fantasía y la deseó su voluntad: hermosa y fuerte. Pero la contemplación de la belleza no les hace olvidar el dolor que su existencia encierra. Para erigirlo, la raza de los gigantes ha exigido un pago excesivo. Fasolt y Fafner han levantado piedra sobre piedra, construido las torres y los puentes en medio de muchas fatigas; en pago exigen la entrega de Freia, la hermana de Fricka, la diosa de la juventud y la alegría. La esposa del primero de los dioses lamenta la suerte de su hermana y recrimina a Wotan que, a causa de su desmedida vanidad y ambición de poder, no ha dudado en sacrificar a la joven diosa. Pero Wotan replica:

-¿Acaso fuiste ajena a mi ambición al pedir la construcción del palacio?

-Compartí tu ambición, porque inquieta con tus veleidades tenía que pensar en

cautivarte proporcionándote un lugar deleitoso para retenerte a mi lado. Pero al levantar el palacio no has hecho más que responder a tu deseo de poder ilimitado -contesta Fricka.

-Has de concederme -responde Wotan-, que así como ansiabas cautivarme, intente yo cautivar al mundo. Además no he pensado seriamente en entregar a Freia.

Wotan, irritado, parpadea con su ojo único, pues perdió el otro hace tiempo. Los lamentos de Freia se sienten cercanos; las amenazas del gigante Fasolt la estremecen y gime su desventura. Ella es la encargada de cuidar en el jardín de los dioses de las manzanas de oro. De ese fruto divino se alimenta la eterna juventud de los dioses y la vejez y la senectud harían presa en ellos si les faltara la fruta.

En tanto los gigantes irritados por la indecisión del dios se presentan airados; blanden mazas enormes y su furia es grande.

-¡Mientras las dulzuras del sueño cerraban tus ojos hemos construido incansables tu palacio, poniendo piedra sobre piedra, hasta culminar en la esbelta torre; puertas y ventanas de distinta altura se abren a la luz y protegen el interior majestuoso. Contémplalo a la luz del día. Entra y domina desde su interior, pero..., ¡cúmplenos lo pactado!

El dios intenta disuadirlos:

-¿Cómo habéis tomado en serio un ofrecimiento que sólo fue una chanza? ¡No se crió para vosotros, gente brutal y ruda, una criatura tan dulce y encantadora como Freia!

La cólera de los gigantes no reconoce límites. Exigen que Wotan sea fiel a los pactos y que no es vano juego el contrato inscrito en el asta de la lanza. L a paz ha de huir de los dominios del dios si no cumple con sus promesas. Y con profundo desprecio Fasolt se dirige a los bellos dioses:

-¡Nos despreciáis sin razón! Nosotros amamos la belleza y hemos fatigado nuestras manos encallecidas para obtener el cariño de una mujer que viva junto a nosotros, mientras que vosotros, que debéis el poder a la belleza, despreciáis el amor por obtener un palacio, Wotan, inquieto, desea que el astuto Loge, su astuto consejero haga su aparición. Siempre lo ha ayudado a pesar de las protestas de Fricka. Donner y Froh, dioses inmortales, dueños del rayo y del trueno, quieren salvar a Freia luchando contra los gigantes; pero el viejo dios, que ha divisado a Loge, finge ceder y cumplir lo pactado en la lanza.

Wotan pide consejo a Loge y a pesar de las argucias de éste para no hacerlo, consigue que le sugiera algo diabólico. Loge se queja de la ingratitud con que siempre premiaron sus servicios.

-Sin embargo, por ti, viejo dios, buscaba algo en el universo para dar a los gigantes en reemplazo de Freia. Pero me he convencido de que en el mundo nada hay para el hombre que signifique tanto como la gracia de una mujer. Sólo un ser ha podido renunciar al amor: el nibelungo Alberico. Enfurecido por los desdenes de las ondinas del Rhin les robó el oro confiado a su custodia, renunciando para siempre al amor.

Y Loge repite la acongojada queja de las ondinas que lloran su desventura, y el ruego que formulan a Wotan para que castigue al ladrón y les devuelva el tesoro robado. Pero el dios se irrita porque él mismo se encuentra en un apuro muy grande y mal puede correr en ayuda de otros. Loge les dice que en las profundidades de la tierra el nibelungo hace forjar un anillo por el herrero Mime, hermano del enano, y un casco alado; y luego enumera los poderes del anillo, hecho de oro divino con el cual se puede dominar el mundo, y los del casco, con el que se puede volver invisible y trasladarse a cualquier sitio, por más lejano que sea. Todos se sienten estremecidos por el deseo de poseerlo; hasta los gigantes titubean y traman exigir de Wotan el

rescate del oro y que les sea entregado en lugar de Freia.

Loge, astuto y artero, sugiere a Wotan el robo del anillo del nibelungo. ¿Cómo es posible que el primero de los dioses no pueda engañar a un enano, súbdito de Nibelhein? Sólo se trata de quitarle a un ladrón lo del robó. Luego podrá devolverlo a las hijas del Rhin. Pero Frica se encoleriza, pues siente celos de las ondinas. En tanto, los gigantes se apoderan de Freia y gritan a los dioses:

-¡La llevaremos lejos de aquí! Hasta la caída de la tarde será considerada corno prenda; volveremos luego y si no encontramos preparado el oro, habrá terminado la tregua y Freia será para siempre nuestra.

Dicho esto se la llevan precipitadamente y, a lo lejos, se oyen los gritos desgarradores de la diosa dispensadora de la juventud.

Una pesada neblina comienza a enturbiar la luminosidad de la mañana. Los dioses empiezan a perder su lozanía y una vejez prematura y dolorosa asoma a sus semblantes. Marchitan y palidecen; pierden el vigor, y los atributos de su fuerza y poder caen de sus manos. En las ramas, las manzanas divinas empiezan a perder su frescura y pronto han de caer como las hojas.

-¡Sin las manzanas la raza de los dioses envejecerá y morirá achacosa, ludibrio del inundo! -les dice Loge.

Fricka, la esposa de Wotan, lamenta su desventura v el viejo dios, que nada resuelve hacer para consolar a las hijas del Rhin y devolverles el tesoro, decide sacrificarlas para conservar la fruta que rejuvenece a su raza. Buscará al nibelungo Alberico y rescatará el tesoro para salvar a Freia.

El oro no volverá al seno acuoso que velan las ondinas; ha de salvar la perennidad de los dioses y la inmortalidad de su palacio etéreo.

Loge desciende con Wotan a los abismos. En las oscuras simas de la tierra, donde la subterránea raza de los nibelungos repta y se afana, Mime continúa su tarea de forjar un casco alado y milagroso. Alberico podrá hacerse invisible con él y vigilar sin esfuerzo el trabajo del nocturno

ejercito de los nibelungos, a quien domina y somete a esclavitud.

A esas profundidades ha descendido Wotan. Le ayuda en su propósito el resentimiento de Mime que, a pesar de ser un herrero sin par y haber forjado el casco milagroso, ha sido maltratado por Alberico. Loge con su astucia logra despertar la confianza de Mime; y este, entre lamentos, le narra la triste condición de los nibelungos después del robo del oro a las ondinas del Rhin.

-Ahora, ese perverso de Alberico me tiene encadenado. Con astucia diabólica robo el oro y con el se forjó un anillo, cuyo poder admiramos. En otros tiempos forjábamos y laborábamos sin cuidados, riendo alegremente en medio de esa tarea liviana, adornos y joyas para nuestras mujeres. Ahora, trabajamos arrastrándonos por las peñas solo para acumular inmensos tesoros; con el anillo mágico acierta a descubrir el sitio donde está escondido el oro. Trabajamos entre las rocas para extraerlo; lo fundimos y labramos joyas mal níficas, todas para ese malvado dueño.

El enano Mime prosigue con sus quejas; acaba de azotarlo Alberico porque, a pesar de haberle hecho el casco milagroso con los detalles que le diera el nibelungo, no está agradecido de su tarea. Loge se burla de él llamándolo holgazán; pero Mime le dice que el azote no fue por tal cosa, sino porque después de haber forjado el casco quiso quedarse con el, sabedor de su poder maravilloso, y transformarse en rey.

-Pero ¡ay de mí! Yo que hice el yelmo no conocía bien sus poderes. Y en cambio lo único que recibí fueron los azotes de su mano invisible cuando hecho el casco se lo coloco e hizo uso de su magia.

Loge hace notar a Wotan las dificultades que significa querer robar el anillo; pero

el dios, que recuerda la pena de envejecimiento que pesa sobre su raza, incita a Loge a vencer con astucia al nibelungo.

Del fondo tenebroso de los subterráneos terrestres van apareciendo ante los ojos de los dioses los nibelungos organizados en regimientos, moviéndose bajo el restallar del látigo de Alberico y cargados de oro. El enano rey repara en Wotan y Loge, y arrojando nuevamente a los abismos a sus aterrorizadas huestes, los increpa enseñándoles el anillo:

-¡La envidia os trae a Nibelhein! ¡Se lo que significan huéspedes tan osados que se permiten penetrar en mis dominios!

Pero Loge, fiel a sus métodos, intenta apaciguarlo recordándole que cuando temblaba de frío tirado en su oscura madriguera fue Loge, en tanto fuego vivificador, quien le dio luz y acogedora llama. Además, ¿,de que le serviría forjar si no contara con el auxilio del fuego para calentar la fragua? Protesta Loge de la ingratitud de Alberico, a quien llama amigo y pariente. Pero no logra vencer la desconfianza del nibelungo, quien ya conoce las astucias y artería de Loge. Y declara que hace frente a todos los dioses.

-¿De qué te sirven tales tesoros en este triste país de tinieblas? - le pregunta Wotan.

-Los que habitáis la alta región en donde sopla la brisa suave - responde Alberico - vivís entregados al amor y a la alegría despreciando el tenebroso mundo del enano. He renunciado al amor, pero he ganado el poder del oro. Con él dominaré vuestro mundo y convertiré en esclavos a los que se burlaron de mí. ¡Cuidado con el nocturno ejército de los nibelungos cuando salga de las profundidades de Nibelhein a la claridad del día!

Las arrogantes palabras del enano enardecen a Wotan; sólo la prudencia de Loge impide que el primero de los dioses vuelque su cólera prematuramente. Y con su vieja sabiduría, manifiesta incredulidad y desconfianza de los poderes mágicos del anillo y del casco. La vanidad que trastorna al enano hasta hacerle perder la prudencia lo lleva a proclamar cuáles son tales poderes.

-Muchas rarezas he visto -le responde Loge-, pero nunca tal maravilla. No puedo creerlo, porque entonces tu poder sería infinito.

Y el enano cae en la emboscada. Para demostrar sus medios de dominio y sus artes se convierte en serpiente que se enrosca en sí misma y luego, seducido por el miedo aparente de Loge, resuelve convertirse en un pequeño sapo. Y es en ese momento cuando Loge le dice a Wotan que aprese al pequeño animal que aparece en uno de los rincones de las grietas. Wotan coloca su pie sobre él y lo aplasta; luego Loge lo atrapa y se apodera del casco alado. Alberico es descubierto en su poder y aniquilado en su fuerza mágica; y en medio de su rabiosa desesperación, impotente y vencido, es hecho prisionero y maniatado por Wotan.

Con el rey de Nibelhein preso ascienden, desde el fondo de las profundidades, los dioses de los llanos celestes. Todavía cubre las cumbres la lechosa neblina que descendiera al abandonar Freia los dominios de los dioses. Antes de expirar el plazo fijado por los gigantes, Alberico, preso e inutilizado, intenta transigir con los dioses a fin de obtener por lo menos su libertad: dará todos sus tesoros. Y ordena ascender al oscuro ejército y depositar en los prados divinos todas las alhajas y riquezas. Un dorado y brillante montículo se forma ante los dioses asombrados; brilla la llama ardiente del oro y el rayo lunar de la plata. Se aclara el ámbito con los reflejos de los metales.

Alberico clama entonces su libertad. Pero no ha contado con la sutil astucia de Loge, quien sugiere que el rescate de su vida debe pagarse con el anillo mágico, hecho con el oro robado al Rhin. En vano Alberico hace presente que el poder del oro se

ejerce por el anillo gracias a que él lo forjara. El nibelungo increpa a los dioses porque engañan, roban y despojan sin justicia. Pero el anillo le es arrebatado y en su desesperación, él, que es un maldito, maldice entonces al anillo y a quien lo posea.

-A mí su oro me dio riquezas y poderío sin límites; que ahora su magia lleve la muerte a quien lo posea. Nunca la alegría acompañe a su dueño; que la pena y la inquietud atormenten al poseedor y la envidia a quien no lo tenga; que su dueño lo posea en paz, pero que le atraiga el verdugo. Que el miedo acompañe toda la vida al maldito y la vida sea una eterna agonía hasta el momento de su muerte y que lo robado vuelva a mis manos. ¡Así el tesoro arrebatado al nibelungo recibe mi bendición!

Y en medio de su rabia e impotencia, desatado por Loge, desaparece en las, profundidades el horrible enano. Sus últimas y enconadas palabras se pierden en las sombras.

Loge advierte a Wotan el tremendo sentido que encierran las maldiciones del nibelungo; pero Wotan permanece extasiado observando el anillo.

La ligera neblina empieza a transparentarse y la claridad del día alegra y rejuvenece a los dioses. Freia, traída por Fafner y Fasolt, se acerca y renueva todo a su paso. El aire se embalsama y la alegría entra en los corazones. Sólo arriba, en el fosco cielo germano, aún las nubes enturbian la visión resplandeciente del alcázar de Wotan.

Los dueños de Riesenhein, los gigantes, exigen el rescate del nibelungo antes de entregar a la dulce y lozana Freia. El encanto de la diosa ha perturbado a los señores de los montes y de los bosques; una rara inquietud impulsa a Fasolt a lamentar la pérdida de Freía.

-El no ver más a esta mujer hermosa me causa mucho pesar -dice Fasolt, - pero ya que así debe ser amontonad tanta cantidad de joyas y riquezas, tanto que no pueda verla y logre olvidarla mejor.

Fafner y Fasolt hincan sus clavas en el suelo delante de Freia marcan su altura y ancho. Loge y Froh acumulan las riquezas entre las estacas, pero brutalmente Fafner estruja el contenido y exige siempre más. El tesoro es agotado; pero aún deben añadir el casco milagroso para no dejar ver el ondear del cabello de la diosa.

-¡ Ya no veo a la hermosa Freia! ¿Tendré que abandonarla? ¡Aún veo el brillo de su mirada por una rendija! ¡Mientras pueda ver esos ojos divinos no puedo separarme de esa mujer! - gruñe Fasolt.

-Ya os liemos dado todas las riquezas. ¿Qué más queréis? -responde Loge.

-El anillo que veo brillar en el dedo de Wotan -contesta Fafner.

-Recordad que ese oro pertenece a las hijas del Rhin y he comprometido mi palabra de devolverlo a las que gemían -responde Loge.

-A mí no me obliga lo que tú prometiste -dice Wotan-; me quedo con el anillo. Por nada en el mundo entrego el anillo a los gigantes. ¡Es mi botín!

Los gigantes arrastran hacia sí a Freia; se oyen los lamentos de Fricka y los demás dioses rogando a Wotan que entregue el anillo. Pero el dios se niega encolerizado.

La oscuridad ha empezado a descender de nuevo. De las hondas regiones ignotas surge un resplandor azul; en medio de él aparece Erda, la mujer milenaria mil veces sabia. Una cabellera negra y abundosa enmarca su rostro; su figura es noble y arrogante y su mirada tiene algo de terriblemente lejano y misterioso. Con acento sibilino y grave conmina a Wotan a que entregue el anillo, escapando así a la maldición del nibelungo.

-¿Quién eres tú que así me adviertes? -pregunta el dios.

-Tengo un saber infinito; sé todo lo del mundo, lo que es y lo que será. Tengo tres

hijas, las Parcas, que noche a noche te develan el secreto que yo ahora veo. Erda te predice un peligro que te amenaza.

El resplandor azulino comienza a oscurecerse y la figura se borra poco a poco.

-¡Detente! -grita Wotan-. Tu voz me pareció misteriosa; espera, ¡dime algo más!

-Te advierto el peligro y esto debe bastarte. ¡Desgracias se te avecinan si sigues en posesión del anillo! -responde con acento sombrío, y desaparece.

Los dioses quedan sobrecogidos; Wotan lamenta el sentido trágico que parece tener su destino y con melancolía resuelve entregar el anillo.

-¡Con los dioses, Freia, diosa de la juventud y de la alegría! Tomad el anillo y devolvednos a la doncella. Y tú, Freia, haz que retorne la frescura y la lozanía en el rostro de los dioses y en los frutos de nuestro jardín.

Los dioses resplandecen de gozo y el brillo de su sonrisa reaparece; colman de caricias a la diosa. El día se pone radiante, despejado de brumas y nieblas, En lo alto, el alcázar de los dioses se recorta nítido en el cielo puro. El divino reino de las divinidades germánicas brilla con renovada lumbre y las hojas del viejo fresno que sostiene al mundo reverdecen.

Pero no en vano el oro está cargado con las tremendas maldiciones del enano Alberico; su posesión es causa inmediata de dolor y de muerte. En medio de la alegría de los dioses, Fafner extiende una tela enorme para recoger todo el botín. Pero Fasolt se arroja sobre él y reclama partes iguales en cl reparto.

-¡Me quedaré con la mayor parte del tesoro! -grita Fafner-. Más que cl oro te gustó Freia; con gusto hubieras renunciado al oro.

-¡A mí tal injuria! ¡Oh, dioses inmortales! ¡A vosotros demando justicia!

Wotan vuelve la espalda con gesto despectivo; pero Loge aconseja a Fasolt sutilmente:

-¡Déjale todas las riquezas, pero quédate con el anillo!

Los gigantes se traban en una lucha a muerte., arrastrados por el influjo trágico de la maldición del enano. El oro robado y luego maldito ejerce ya su poder nefasto. Y ante el asombro atónito de los dioses, cae la primera víctima; Fasolt muere bajo cl golpe de Fafner. Termina el gigante de hacer su montón y marcha luego con el saco bien repleto.

-¡Ahora veo en su terrible fuerza el poder de la maldición! -dice Wotan consternado-. Se apodera de mi ánimo un profundo temor. El miedo me conturba; sólo Erda puede poner paz en esta extraña agitación mía. Su sabiduría profunda puede enseñarme a evitar desgracias futuras.

Su esposa Fricka, celosa y temerosa de una nueva veleidad de Wotan, le ruega que se quede en los prados celestes. ¿Acaso no ha levantado un palacio maravilloso para descansar y vivir en la serenidad divina? Pero el dios sólo contesta lamentando el precio que ha debido pagar por él. El cielo aún está turbio de brumas y nubes; Donner, el dios de las nubes y de los vapores, quiere aclararlo. Grita a las nubes desde lo alto para formar con ellas una tempestad de rayos y truenos; el cielo brillará purísimo después. Golpea con su martillo y el eco llena los valles y las selvas. Las nubes se agrupan a su alrededor en un negro nubarrón; brota el relámpago, se oye el ronco rimbombo del trueno y el rayo baja veloz a las campiñas.

Desde las cumbres, Donner llama a su hermano Froh y le ordena que enseñe a los dioses el camino que lleva al palacio etéreo. Froh acude y luego desaparece en la nube; de pronto ésta se desvanece con la tormenta y en el aire límpido aparece cl puente trazado por Froh: el trazo luminoso del arco iris alumbra el crepúsculo y la estrella vespertina brilla al fondo, sobre la cresta de los montes. Al finalizar el día, Freia ha vuelto a sus divinos dominios y el gigante Fafner ha desaparecido cargado

con sus riquezas dejando abandonado el cadáver de Fasolt.

Wotan se ha quedado extasiado contemplando el palacio donde ha ele morar por una eternidad. Admira su brillo a la luz del sol poniente y evoca la visión melancólica de la mañana cuando aún no había ascendido a habitarlo. Pero cuántas penas, cuántas angustias y cuántos males ha acarreado su posesión. De la mañana a la tarde cuántos pesares soportados por él. Y dirigiéndose a los dioses les dice:

-¡Seguidme! La noche avanza y el palacio nos preservará de sus tinieblas. Asciende, esposa mía, por cl puente luminoso que ha trazado Froh. ¡Vamos a vivir en nuestro mundo divino y eterno; en el Walhalla!

-¿Qué extraña palabra acabas de pronunciar? -pregunta la esposa Fricka.

-Cuando veas realizado ante tus ojos lo que mi valor inventó dominando al miedo, comprenderás el sentido de esa palabra -responde Wotan.

Los dioses se encaminan hacia el puente de luz.

Loge los ve partir con amargura; se avergüenza de tener relaciones con ellos. No han querido escuchar el clamor de las hijas del Rhin y han abandonado el oro en manos de la ruda gente de Riesenhein. ¡Con qué deseos Loge se convertiría de nuevo en llamas y los destruiría dentro de su nueva y magnífica morada! Y animado por tal idea súbita resuelve acompañar a los dioses y se encamina con ellos en dirección al arco luminoso que hace de puente.

-¡Sólo falsedad, engaño y miseria reinan en el mundo de los dioses! -clama a lo lejos el llanto de las ondinas del Rhin. Wotan las escucha y se detiene encolerizado a preguntar a Loge por tales quejas.

-Son las hijas del Rhin que lloran el oro y se lamentan del abandono.

-¡Hazlas callar! -grita Wotan.

Y a la luz empalidecida del crepúsculo las ondinas vuelven a sus lamentaciones, mientras nadan en las sombrías aguas del río que marcha hacia el norte, a perderse en un mar de nieblas y brumas. Lloran su tesoro y lamentan el olvido de los dioses; la voluptuosidad de sus vidas y las mezquinas pasiones que los animan han hecho que no se preocuparan por su sagrado deber.

Y con malicia llena de intención, Loge les grita desde lo alto:

-¡Escuchad lo que os dice Wotan! Hijas del agua, ya que no os ilumina el brillo del oro, contentaos con contemplar el esplendor de la morada de los dioses.

Y del fondo de las aguas brota la melancolía de la queja de las ondinas:

-¡Oro del Rhin! Oro puro. ¡Oh, si aún brillases con tu esplendor en el fondo de las aguas! ¡Sólo allí, en la movible corriente del viejo río, existe la sinceridad y la franqueza; allá arriba todo es cobardía y fingimiento en medio del esplendor de' la morada de los dioses!

La paz cae sobre los tres dominios del mundo: las oscuras entrañas de Nibelhein, los montes y bosques de Riesenhein y el esplendor dorado de los prados divinos de los dioses. En el silencio de la noche que avanza arrebujando montes y cumbres, la lenta canción del río se hace murmullo y va muriendo con la marcha de la sombra.

II

LA WALKYRIA

La tempestad destroza las viejas encinas y los copucos fresnos; el rayo hiende los troncos los torrentes se han salido de madre. Los hilos del aguacero, constantes y tupidos, envuelven la tierra; los animales silvestres se han guarecido y sólo al amainar el trueno y cesar la lluvia las ardillas se animan a corretear por las ramas y las ga celas a pisar la alta hierba. Al anochecer, un viajero misterioso, fatigado y rendido, con el claro cansancio de la huida, penetra de improviso en la casa de madera rústica que sirve de vivienda al cazador Hunding y a su mujer, Siglinda. Como las viejas casas de la selva germana, su construc ción es primitiva y simple. Ha sido levantada circundando un fresno enorme cuyas raíces se hunden en el piso y cuyo ramaje emerge del techo hacia el cielo. La llama que brilla en la gran chimenea de la habitación principal arde acogedora. El viajero, agotado, se tiende frente a ella y una suave somnolencia reemplaza a la angustia y a la premura de la huida. El batir de la puerta y el andar del hombre han provocado agitación en la solitaria casa de Hunding, y Siglinda baja de su aposento y descubre al huésped inesperado. Se inclina sobre él para observar si es visible alguna herida.

-¡Agua! ¡Un poco de agua! - dice el viajero en voz baja.

La mujer corre a llenar un cuerno para ofrecerle. El agua alivia la fatiga del caminante y, entonces, pregunta por el dueño de la casa, mientras contempla admirado la alta, majestuosa y bella figura de la mujer, tan rubia como él.

Siglinda le hace saber que está en casa de Hunding y en su nombre le ofrece hospitalidad.

-Estoy desarmado y a un huésped herido no ha de negarle hospitalidad tu esposo - responde cl viajero.

-;Muéstrame tus heridas! - dice la mujer con angustia.

-Son leves y no merecen que hablemos de ellas; aún conservo mi vigor. Si la lanza y el escudo hubieran resistido la mitad de lo que podía hacerlo

mi brazo, nunca hubiera vuelto la espalda al enemigo; pero me los destrozaron.

Luego narra a Siglinda el combate desigual con sus enemigos, durante la tempestad en el bosque. Siglinda le reconforta dándole a beber hidromiel. Una extraña ternura los invade poco a poco, y conmovido agradece el hombre la ayuda y se apresta a partir. Pero las palabras emocionadas de Siglinda lo instan a quedarse y a esperar el regreso del dueño de la casa.

Una rara atmósfera de amor se cierne sobre los dos seres; el herido se reclina junto al hogar y la mujer aguarda en silencio el paso de los instantes. Cuando Hunding penetra en su casa su mirada severa repara en el viajero rendido.

-Cansado y yaciendo junto al hogar encontré a este hombre - dice Siglinda. - La necesidad le trae a nuestra casa. He apagado su sed y le he prodigado los cuidados de la hospitalidad.

Siglinda ha colgado las armas del esposo en las ramas del viejo fresno y prepara la mesa para obsequiar al huésped. Hunding, grave y adusto, aprueba la hospitalidad concedida al viajero mientras lo observa detenidamente; sorprendido descubre la completa semejanza fisonómica con su mujer.

Tendida la mesa, puestos el pan y el hidromiel sobre ella, se sientan los tres en torno y conversan. Hunding pide al viajero que proporcione datos acerca de su persona y de sus hechos. Ante su silencio obstinado se lo pide en nombre del interés que ha despertado en su mujer.

La clara y recta mirada del viajero se posa un instante en Siglinda y luego con voz grave y contenida responde:

-Mucho me gustaría oírme llamar Friedmund[1], pero sólo puedo llamarme Wehwalt[2]. Mi padre fue un welsa[3]; vine al mundo junto con una hermana que apenas pude conocer, así como a mi madre.

Luego evoca la selvática e inquieta existencia de su padre, cuyo valor y vigor se templaban en su lucha contra los enemigos que siempre le rodeaban y en las andanzas de cazador. El dolor y la ira trastornan el semblante del viajero al recordar el último regreso al hogar después de una esforzada batida en el bosque, cuando lo encontraron reducido a cenizas, carbonizado el tronco de la encina, muerta la madre y sin vestigios de la niña. Desterrado, huyó el padre llevando a su hijo; largos años vivió como un lobo con su cachorro v aunque fueron perseguidos defendieron con valor sus vidas.

Pero, en el correr de los años, una vez lograron separarlo de su padre. Lo buscó en la selva y sólo descubrió la piel de lobo con que se cubría. No pudo saber nunca nada más de él. Sintió odio por el bosque, por la verdosa soledad de sus prados y arboledas y quiso abandonarlo para entrar en el mundo de los hombres. Pero siempre le acompañó la desgracia; no tuvo amigos ni pudo obtener el amor de una mujer. Desafiado, perseguido, odiado, sólo el dolor y la desdieha fueron sus dominios. ¡Cómo habría de llamarse sino Wehwalt!

Hunding escucha apenado y lamenta el oscuro destino del hombre; su mujer Siglinda anima al viajero a contar sus luchas.

El huésped narra entonces la más terrible y reciente de sus hazañas, cuando una joven le pidió amparo en sus desventuras porque sus familiares la obligaban a desposarse sin amor. Luchó a favor de ella;' pero corrió la sangre de hermanos en la contienda, y la pena dominó entonces el furor de la joven, que abrazándose a los cadáveres de sus parientes lloró arrepentida.

Sin dejarle reponer las fuerzas cayeron de nuevo los enemigos contra el defensor, dispuestos a ultimarlo; le fue imposible huir, pues la joven no quiso moverse del lugar. Tuvo que defenderla del ímpetu de venganza de los atacantes protegiéndola durante largo tiempo con su lanza y su escudo,

Basta que se los destrozaron. Quedó desarmado, moribunda la joven, y perseguido por una banda enfurecida.

-¡Ahora ya sabes, mujer, por que no me llamo Friedmund! -termina con voz grave y dolida el huésped.

La mujer ha escuchado conmovida. Sólo interrumpe el silencio la voz cargada de odio de Hunding:

-Conozco una raza salvaje para quien no hay nada sagrado; todos, y yo particularmente, la odiamos. Fui llamado para vengar la sangre vertida de mis parientes y llegué tarde; regreso, y encuentro en mi propia casa al criminal fugitivo. Hoy te protege mi hogar y por esta noche te admito como huésped; pero mañana tendrás que defenderte con fuertes armas porque es el día que elijo para el combate y la venganza. ¡Has de pagar la deuda de los muertos!

Erguido, soberbio y brillantes los ojos se levanta Hunding de la mesa y ordena a su mujer que prepare su bebida y le aguarde en su aposento. Ella mira intensamente al viajero y al salir el esposo señala con disimulo al huésped un punto en el árbol cuyas raíces levantan el piso de la morada. Pero Hunding la reclama imperioso y desaparece con ella dejando solo al desconocido, mientras profiere amenazas.

---

[1] Boca de paz.
[2] Dominador del dolor.
[3] Estirpe de lobo.

Junto al fuego el viajero se sume en profunda meditación y rememora las casi olvidadas recomendaciones que le hiciera su padre para cuando se encontrara en peligro. Lo invoca en su recuerdo y desea con fervor poseer la espada que esgrimiera en sus combates. Luego, al brillo mortecino de la leña ardida, piensa en la bella y augusta mujer cuyo encanto le atrae y le domina.

Las llamas del hogar se han ido apagando; una última chispa salta luminosa y va a caer junto al sitio señalado por Siglinda y, a su lumbre, se divisa la empuñadura de una espada enterrada en el tronco del viejo fresno.

El viajero asombrado se pregunta si lo que brilla no es el reflejo de la mirada de la mujer, porque en la oscuridad de su vida solitaria el fuego de sus ojos ha rozado sus párpados dándoles luz y calor. Tal vez ese mismo fuego ha prendido en el troneo. Después del ehisporroteo final del último leño la habitación ha quedado sumida en la oscuridad. La tormenta ha cesado y sólo el viento blando con olor a tierra mojada tiembla en la habitación. De improviso, Siglinda toda de blanco aparece en lo alto de la escalera que baja de su habitación.

-t Duermes, huésped? -pregunta en voz baja. El viajero se incorpora sorprendido. -`Quién se acerca?

-Yo -dice Siglinda-. ¡Escúchame! Hunding yace en profundo sueño; le preparé una bebida adormecedora y ningún sonido ha de conmoverlo.

Ante la ansiosa mirada del viajero la mujer le dice que va a enseñarle una espada escondida y que fuera destinada al más fuerte. Ella sabe dónde fue hundida; y con voz llena de antiguas quejas le cuenta que durante las fiestas de sus bodas, cuando todos los guerreros invitados por Hunding vinieron desde la montaña y el bosque a festejar la falsa alegría de unos desposorios odiados, porque gente extraña la casaba sin amor, en medio del júbilo de los otros un anciano penetró en la morada, vestido de gris y con un gran sombrero inclinado cubriéndole un ojo. El brillo del otro infundía temor; toda su apariencia tenía un aire de soberbia y dignidad propias de un dios.

Sólo tuvo cuidados para con la mujer desdichada a la que prodigó consuelos. Luego, ante el asombro de, todos, blandió una espada y mirando a la doncella la hundió hasta el puño en el tronco del fresno, diciendo que el acero sólo pertenecería al valiente y esforzado que pudiera arrancarlo del árbol. Los convidados se empeñaron uno a uno en lograrlo inútilmente. Desde entonces permanecía clavada allí a la espera del fuerte y valeroso que pudiera hacerla suya y liberar entonces a la mujer.

El viajero ha escuchado extasiado. Al terminar, Siglinda prorrumpe en llanto invocando al guerrero esperado y elegido que ha de arrancar de su sitio la espada, terminando con ello la dominación del hombre no querido.

-¡Oh, si pudiera encontrarle, le estrecharía entre mis brazos!

El huésped se conmueve ante el lamento y la abraza diciéndole:

-Yo soy el destinado a merecer la mujer, arrancando esa espada. En mi pecho arde una llama que ha de unirme a ti. Encuentro en ti lo que siempre he buscado y tanto he deseado; tú padeciste el oprobio, yo sufrí la pena; tú fuiste humillada, yo desterrado.

Y ella riendo y llorando escucha en éxtasis las palabras.

La puerta entreabierta deja pasar la claridad de la luna. Es casi como una presencia invisible, pero trémula, que los rodea. La mujer siente que alguien ha entrado o se ha ido y tiembla de miedo; pero el hombre la tranquiliza y la protege con suavidad.

-Nadie se ha ido, pero alguien ha entrado. ¿No ves cómo nos sonríe la primavera? Venció a las tempestades invernales; su templado ambiente se mece en los bosques y en los prados; a todos sonríen sus ojos abiertos y el dulce trino de los pájaros es su canto. Respira exhalando perfumes y de su sangre brotan hermosísimas flores. Subyuga al mundo adornada con armas delicadas. De ella huye el invierno y las

borrascas. El amor que ahora se alegra a la luz de la hermosa luna y se escondía antes en nuestros pechos, la ha atraído. ¡Vencido está el obstáculo que separaba la prima

vera del amor!

-¡Te he visto y te he presentido cuando me miraba en el agua de los arroyos! -contesta Siglinda-; te he esperado desde el tiempo ya perdido y en brumas. ¡He llevado eseondido y en seereto mi amor a ti; tu voz me era conocida y sonaba a música extraña y divina!

Los amantes se oyen inundados de un mutuo encantamiento; se cuentan sus sueños, sus penas y esperanzas; reconocen que la imagen de cada uno ya vivía en ambos; que la voz era un viejo eco conocido cuyo acento les venía de lejos, desde la niñez perdida.

-¿De veras te llamas Wehwalt? -pregunta Siglinda.

-Desde que me amas dejé de llamarme así; ahora domino las delicias y los encantos del amor.

-¿Puedes llamarte Friedmund?

-Llevaré cl nombre que tú me des.

-¿No era lobo tu padre?

-¡Era lobo para zorros cobardes!

-¡Tú eres un welsa! -grita la mujer-, ¡Welsa era el anciano que hundió la espada en el fresno y que reconocí como a mi padre! ¡Deja que te llame Siegmund, boca de la victoria! ¡Siegmund te llanto yo!

Siegmund enajenado se acerca al árbol, toma la espada del puño, e impulsado por su amor la arranca con ímpetu.

-¡Nothung! -grita al contemplarla.

Y la presenta a Siglinda como regalo de bodas.

-¡Así me desposaré con la mujer más ideal; así la arrancaré a mi enemigo! ¡Sígueme lejos de aquí! Vente conmigo a donde habita la hermosa primavera; Nothung nos protegerá y aun pereciendo yo, ella te protegerá!

Y Siglinda entusiasmada se apresta a seguirle, diciéndole:

-¡Tú eres Siegmund y yo Siglinda, que ansiosa te esperaba! ¡Has ganado con tu espada a tu hermana y a tu esposa!

-¡Esposa y hermana eres! -responde Siegmund-. ¡Surja, pues, de nosotros una nueva estirpe de los welsas!

Y el resplandor lunar ilumina a los amantes; afuera se siente en el bosque el susurro de las hojas movidas por el viento mañanero. Pronto el viejo sol alumbrará los caminos y las corzas correrán entre los matorrales. Unidos en el destino la pareja abandona la casa de Hunding y se pierde en la umbría de las selvas y el silencio del amanecer.

Los dioses desde el Walhalla han visto el derrotero de los amantes; la mirada de Wotan los ha acompañado por los senderos del bosque.

Hunding, vuelto de su letargo, conoce el abandono de Siglinda y una tremenda cólera lo conmueve. Invoca a Fricka, la protectora del matrimonio, y clama venganza. El viejo Wotan lucha entre su preferencia por el welsa Siegmund, su propio hijo, y la influencia de su esposa que reclama justicia para Hunding.

Cuando en otro tiempo Wotan descendió a la tierra en busca de Erda, la mujer de sabiduría infinita, la fascinó con su dominio y de los amores de amibos nació la hija predilecta del dios: Brunilda. Con ella suman nueve sus hijas, todas walkyrias, jóvenes guerreras que cabalgan entre las nubes llevando los cadáveres de los héroes muertos en combate y que luego formarán las legiones del Walhalla. Ellas son las guardianas de la tranquilidad de los dioses y defienden los dominios de Wotan de las

arterías de los Nibelungos. Habitan las elevadas crestas de los montes, lejos de la celosa mirada de Fricka, que no ha perdonado jamás la preseneia de hijas que no son suyas.

Con los primeros instantes del amanecer el primero de los dioses llama a Brunilda recordándole que pronto ha de iniciarse el combate entre Hunding y el welsa. Advierte a su hija que él ha prometido la victoria a Siegmund. Brunilda le hace presente que para ello deberá luchar contra el deseo de su propia esposa, que defiende el derecho de Hunding. Fricka, justamente, se acerca en un carro tirado por chivos.

Wotan se anima a sí mismo para afrontar el enojo de su mujer. Fricka se acerca al grupo y colérica reprocha al esposo por proteger amores nefastos y ser injusto con el clamor de Hunding. El dios se defiende replicando que no considera sagrado el juramento que une a dos seres que no se aman. Fricka se horroriza y le recrimina todo su pasado de engaños; de haberse ocultado tras nombres distintos y adoptado formas diversas para vagar por los bosques y campos como un lobo; de sus amores con mortales, de los que habían nacido todas sus hijas, las walkyrias; y lo que más la enfurecía era su período pasado en las selvas viviendo con su hijo Siegmund, verdadero retoño welsa de Wotan.

El dios no se conmueve con la cólera de su esposa; no intenta explicarle sus oscuros desig- nios que lo llevan a tan raras transformaciones y peregrinajes que realiza en la tierra y en el mundo de los hombres; ni tampoco quiere develarle el destino sombrío que ha concedido a sus hijos.

Fricka puede estar en paz respecto a las hijas de Wotan; las nueve walkyrias están sometidas a la voluntad de Fricka, aunque no sean sus hijas. No consigue calmar la agitación de la diosa, que le reprocha el auxilio dado a sus hijos welsas; exige que se le arrebate a Siegmund antes del combate su espada maravillosa, Nothung, para que pueda perecer en manos de Hunding. Fricka quiere el exterminio de los welsas; ni ayuda al hombre, ni piedad a la mujer. En vano Wotan le hace notar que la espada fue ganada lealmente por fuerza y por coraje y cuando más falta le hacía; en el colmo de la ira la diosa le replica que va a enfrentarse con las decisiones ele su proio esposo a fin de obtener el triunfo de Hunding, que para ella es el triunfo de la fidelidad con- yugal.

-Qué exiges de mí? -contesta con semblante sombrío el dios.

-¡Que abandones a Siegmund! ¡Mírame de frente y no sueñes con engañarme! ¡Aleja también de él a la walkyria Brunilda! ¡Prohíbele que dé la victoria al welsa!

Wotan apela a todas las argucias posibles para evitar la entrega del welsa y su derrota por el enemigo y defiende el derecho de Brunilda para protegerlo. Pero la cólera y el odio de Fricka son grandes v en nombre de los dioses pide el sacrificio del héroe; su honor de esposa del primero de los dioses lo exige. Y Wotan promete y jura condenar a Siegmund a la derrota.

A lo lejos óyese el grito de guerra que lanza Brunilda desde un peñón de la montaña. Es el canto bélico que anima al combate y enardece a los héroes a luchar sin desmayo; el acento es desgarrado y cruel, pero el tono tiene una vibración heroica que hace estremecer de entusiasmo al corazón varonil que ha de esforzarse en la pelea. Sí muere venciendo, podrá beber el hidromiel en el cráneo del vencido y embriagarse con el encanto de las walkyrias.

Brunilda ve pasar a Fricka, triunfante el gesto, desafiante la mirada, y su corazón se conmueve al comprender que la suerte de Siegmund ha sido echada y que Wotan lo abandonará en su lucha con Hunding. Se acerca al dios en procura de respuesta; pero el divino padre en un instante de debilidad confiesa su pesar a la hija predilecta. Las graves palabras del dios le revelan cómo después de haberse amortiguado en el el

fuego del amor deseó el poder, e impelido por esta pasión conquistó el mundo entero. Pero el amor no se extinguió del todo. De ahí sus hijos dispersos por el mundo y la existeneia de las walkyrias. Luego le narra cómo habiendo arrancado al nibelungo Alberico el anillo forjado con el oro del Rhin, en vez de devolverlo a las ondinas como se lo rogaban, pagó con el el rescate de Freía, el precio del Walhalla erigido por los gigantes.

Así sacrificó el oro del Rhin en nombre del poderío y de la eternidad de los dioses amenazados en su existencia. Tiembla Brunilda al saber la predicción de Erda, la mujer que sabe lo que el mundo fue cuando con palabras oscuras predijo que se pondría fin a la eternidad de los dioses. Fue entonces cuando Wotan decidió bajar al mundo de los mortales y arrancar a Erda el secreto del destino de los dioses. Cautivó a la extraña mujer y fue padre de Brunilda.

-Contigo y con tus ocho hermanas, Brunilda, he querido postergar y alejar la profecía de Erda: el fin vergonzoso de los eternos dioses. Os encargué que crearais héroes para que el enemigo encontrara poderosa resistencia. Siempre debéis ineitar al rudo combate para reunir en el Walhalla a los más esforzados guerreros.

-¡Llenaremos el Walhalla de héroes valerosos; muchos ya hemos conducido. ¿Que puede afligirte entonces, padre, si nunea hemos tardado en complacerte?

Pero Wotan insiste en la predicción de Erda. El fin de los dioses vendrá de los ejércitos del nibelungo Alberico, que renunció al amor para poseer el anillo. Es preciso que sea vencido por los

héroes del Walhalla antes de reconquistar el anillo que ha de darle todo el poder suficiente como para obligar a los mismos héroes del Walhalla a luchar contra cl propio Wotan. Por ello, jamás debe caer el anillo en manos de Alberico. El gigante Fafner lo guarda celosamente junto a los demás tesoros; deberá Wotan luchar contra él para arrancárselo y asegurar así la eternidad de los dioses; pero no podrá hacerlo porque media entre ambos un pacto. Las "runas" están aún indelebles en la lanza de fresno sagrado y el dios debe cumplir sus promesas si no quiere perder su condición de inmortal. De ahí su queja y su angustia. Sólo un mortal, un héroe que no fuera ayudado por los dioses y que siendo extraño a ellos y libre de su protección pudiese sin plan previo, ni consejo divino, sino por propia inspiración y en su defensa luchar v vencer a Fafner, ejecutaría la acción que le está vedada a Wotan.

¿Dónde está el héroe cuyo valor l a de salvar la eternidad del Walhalla?

-Pero, ¿el welsa Siegmund no obra según tu voluntad? -le responde Brunilda.

-He reconocido los bosques con él como una alimaña salvaje y luego, ya hombre, lo he armado con una espada invencible. ¿Cómo querer engañarme a mi mismo? Frcka descubrió el engaño;

por ello tengo que acceder a su voluntad -responde amargamente el dios.

Una vez más el primero de los dioses se entrega a la desesperación lamentando haber retenido el oro de Alberico para salvar la juventud de los dioses; a causa de ese hecho ahora se ve obligado a sacrificar lo que más ama.

-¡Lejos de mí el altivo esplendor, el poderío y la divina magnificencia! ¡Húndase cuanto he creado! ¡Concluida está mi obra; sólo una cosa quiero ahora: el fin. .. el fin! ¡Y del fin se encargará Alberico! Ahora comprendo el terrible significado de las atroces palabras de Erda: ¡Cuando dé un hijo el nocturno enemigo del amor, cercano estará el fin de la divinidad!

Una gran cólera sucede a la profunda desesperación en Wotan. Luego vuelve a su patética lamentación y cuenta a Brunilda que ha sabido que el enano Alberico, gracias al oro, ha conquistado a una mujer mortal y de los amores ha de surgir el fruto del odio que utilizará contra cl Walhalla.

-¡Y ese prodigio La sido logrado por el que maldijo al amor! ¡Y yo que siempre lo he adorado, nunca he creado al héroe libre que combata por mí!

Y en su furor lega a Brunilda la pompa de la divinidad y la conmina a pelear por Fríela abandonando a Siegmund.

Brunilda se subleva ante tal resolución. La ira de Wotan no reconoce límites, entonces, y le ordena obediencia absoluta; y si acaso la temeridad la lleva a desobedecer, el máximo castigo caerá sobre ella tal como corresponde al ultraje inferido.

Y dejando a la walkyria sumida en la desolación, el dios se interna en las escarpadas montañas donde moran las jóvenes guerreras.

A lo lejos, y en estrecha garganta, asiéndose a las rocas, Brunilda ve ascender trabajosamente a Siegmund y Siglinda. Los esposos marchan fatigados pero animosos.

-¡No más lejos, esposa amada! La dicha del amor te anima y andas tan de prisa, que apenas puedo seguirte. En silencio atraviesas prados y selvas y no puedo detenerte. ¡Descansa! ¡Habla conmigo y disipa la angustia que tu silencio me causa!

Siglinda oye a su esposo y en un rapto de dolor le insta a que huya; horror y espanto se han anidado en su alma junto a su amor. Es una mujer maldita y será la causa de la ruina de Siegmund. Pero el héroe piensa en la lucha que ha de iniciar en breve y se exalta al imaginar que hundirá su espada hasta el puño en el corazón de su enemigo.

Se oye la llamada de un cuerno guerrero que incita a la pelea; resuenan gritos de guerra y de desafío. Es Hunding que ha despertado de su sueño y llama en los bosques a las tribus y a los perros, clamando venganza contra los perjuros. Las jaurías se acercan y Siglinda tiembla por la suerte de Siegmund. Es tal el dolor que le provoca la visión de los tormentos que imagina han de infligir a Siegmund las manadas feroces de Hunding, que cae desmayada. Siegmund la coloca suavemente en sus rodillas, observa su lenta respiración y besa su frente. Brunilda mira la escena teniendo, con una mano, de la brida a su caballo, y sosteniendo el escudo con la otra.

-¡Siegmund! -dice-. ¡Levanta hacia mí la mirada! Sólo me ven los que están condenados a muerte. Me aparezco en el combate sólo a los valientes. ¡El padre de las batallas te ha escogido; te conduciré entonces al Walhalla!

-¿A quién encontraré allí? -responde el héroe.

-Al Welsa, tu padre; a las almas de infinidad de héroes muertos; la hija predilecta de Wotan te servirá la copa de hidromiel; las hermosas walkyrias te recibirán con amor - dice Brunilda.

-¿Veré también a Siglinda?

-No; ella debe aún respirar el aire de la tierra.

-Entonces, saluda a Walhalla, al Welsa, a los héroes y a las walkyrias; no te sigo - replica Siegmund.

-La suerte te obliga a hacerlo, pues Hundíng te matará en el combate. ¡El destino te está señalado y el que te condena a muerte ha quitado todo poder a tu espada!

-¡Calla y no asustes a la amada que duerme! -le ruega Sie ;round; y dolorido por el sentimiento de su aciaga suerte, lamenta el destino desventurado que le espera a Siglinda, luego de su derrota por Hunding.

Conmovida Brunilda ante la angustia y el amor de Siegmund, que no lamenta su muerte cercana sino el desamparo en que ha de dejar a la amada, pide al héroe le confíe a su mujer y al hijo que nacerá de ella. Pero Siegmund desea la misma suerte que Siglinda; prefiere matarla con su propia espada Nothung, ya que no ha de servirle para obtener la victoria.

La walkyria siente tocado su corazón por la prueba de tan grande amor y tan grave saerificio; promete entonces a Siegmund que desobedecerá las ordenes de Wotan para que pueda derrotar a Hunding y vivir en la felicidad con su esposa y su hijo.

-¡Fíate de la espada, y combate con confianza! -dice al héroe-. ¡Fiel te será, lo mismo que mi ayuda!

Luego, lanzando su grito de guerra, escapa en su veloz caballo.

Siegmund, esperanzado, se vuelve hacia su esposa. Los instantes se apresuran y el combate es inminente. Como si presintiera los sufrimientos de los hombres, el cielo se cubre de nubes grises mientras ascienden desde el fondo del valle a la cumbre de los montes los sones belicosos y desafiantes de las trompas y cuernos de caza que anuncian la entrada en la lucha.

Siegmund reclina la dormida cabeza de Siglinda sobre un montículo de tierra y dispone su cuerpo al abrigo de una roca. El rostro sereno de la mujer no transparenta su sueño de siempre: el bosque donde transcurrió su infancia, la morada de los padres, el fresno familiar, las voces antiguas y el dolor y la tragedia de la destrucción de su hogar y la dispersión y muerte de los suyos.

La tempestad arrecia en todo el ámbito del ciclo; los relámpagos rasgan las nubes y los truca nos despiertan a Siglinda. Se oye su grito angustiado llamado a Siegmund. Un relámpago alumbra la escena del combate en lo alto de una roca y llega el eco de los gritos enconados de Hunding atacando.

-¡Deteneos! ¡Matadme a uní primero! -clama Siglinda.

Un resplandor vivísimo le descubre a la walkyria protegiendo con su escudo a Siegmund. El héroe animado y fuerte va a clavar su espada Nothung en el enemigo; pero, en ese instante, cl primero de los dioses, colérico por la desobediencia de Brunilda, se aparece y con su lanza detiene la espada, que al chocar se quiebra en pedazos. Queda desarmado el héroe; el cobarde Hunding aprovecha el momento y hunde su arma en Siegmund.

La walkyria ve morir a su protegido y espantada por la ira de Wotan corre a salvar a Siglinda. La encuentra desolada y estremecida junto a la roca protectora; la toma en sus brazos y colocándola en el caballo huye por entre los desfiladeros.

Atrás, en la cresta del monte, en lo que fue escenario del combate, sólo queda el cadáver del héroe. Hunding profiere gritos de victoria; pero la cólera y el dolor de Wotan son terribles y arroja de su presencia a Hunding. Ante el desprecio del dios, el guerrero cae muerto.

Ahora el furor de Wotan se dirige a la walkyria preferida, que ha violado sus órdenes y ayudado al héroe. Contra ella ha de ejercer un castigo ejemplar y duro.

La tempestad- decrece y los densos nubarrones huyen hacia el Oeste. El viento frío descubre al cielo y, en la tierra, relucen las hojas de los pinos del bosque lavadas por la lluvia.

En la cumbre de los montes escarpados, llevadas por cl viento cabalgan las walkyrias. Los cadáveres de los guerreros muertos penden de las sillas v el trotar de los caballos y yeguas resuena acompasado en las oquedades de la montaña. El desfile va acompañado de gritos, desafíos, sonidos de bronce de sus armas y corazas. Al encontrarse reunidas se saludan con júbilo; descienden en un pinar, dejan descansar a las bestias y comentan los combates que han presenciado.

-¡No somos más que ocho; aún falta una! -dice una de las jóvenes-. ¿Dónde está Brunilda?

La walkyria tarda en llegar; luego aparece tras velocísima v agitada carrera. Viene huyendo de la cólera del padre y conduciendo a Siglinda. Al llegar al pinar, corre al encuentro de sus hermanas, a las que pide ayuda y protección.

-¡Por primera vez huyo y soy perseguida! ¡El padre de las batallas me persigue! ¡No soy ya su Bija predilecta!

Las walkyrias se horrorizan ante tal acontecimiento. jamás han desobedecido al dios; la desventura de Brunilda las conmueve en extremo. Pero no se atreven a desafiar la cólera de Wotan. Ante sus ojos espantarlos ven avanzar la tempestad en cuyas nubes se acerca el dios colérico. No podrán ayudar a Brunilda, pues deben obediencia a su padre; ni siquiera pueden proteger a la desventurada Siglinda, que trastornada por la muerte de Siegmund clama que se la mate. ¡Nadie podrá salvarla! Las jóvenes guerreras en cabalgata desesperada se pierden en los montes, gritando:

-¡Afuera esa mujer! ¡Que ninguna walkyria la proteja!

Sólo Brunilda, conmovida y resuelta, decide salvarla cumpliendo su promesa al héroe. Y en medio del fragor de la tormenta que anuncia al dios orienta a Siglinda hacia el bosque cercano, en donde escondido en una cueva el dragón Fafner guarda el anillo v los tesoros arrebatados al nibelungo Alberico.

-¡Es cl mejor lugar para protegerte de la cólera de Wotan! Un pacto le impide combatirlo. ¡Salva a tu hijo, mujer! ¡Será el más valiente de los héroes! Guarda los fragmentos de la espada Nothung; forjada de nuevo podrá usarla en los combates. ¡Siegfried debes llamar a tu hijo! ¡Que goce en paz de los frutos de la victoria!

Siglinda, animosa y agradecida, huye para salvar a su hijo. Al instante un huracán se desata en los montes y en medio del trueno se oye la orden de Wotan.

-¡Detente, Brunilda!

Pero, ahora, todas las walkyrias compadecidas izan regresado y la protegen con sus cuerpos. El dios reclama a la desobediente y perjura; recrimina la debilidad de las guerreras y exige la presencia de Brunilda. Y ésta aparece, firme y resuelto cl paso.

-¡No serás ya mi mensajera!; ¡no te señalaré héroes en el combate! ¡Ni estarás en los festines de los dioses! ¡Ni besaré tu boca inocente! ¡Quedas fuera del ejército divino y expulsada de la raza de los dioses!

Ante tan tremenda condena lloran y ruegan las walkyrias; pero Wotan es inflexible. Brunilda debe dejar el mundo brillante de los dioses y convertida en mortal deberá hilar y obedecer a un hombre, siendo el blanco de las burlas. Las walkyrias huyen desoladas al caer el crepúsculo.

Bajo un cielo limpio ahora de nubes, Brunilda se dirige a su padre con las viejas palabras del afecto y le recuerda el momento en que el dios, mortificado por Fricka, le contara sus pesares. Ella sólo ha cumplido los oscuros e inconfesados deseos de su padre, que no podía realizarlos por su promesa a Fricka.

Pero el primero de los dioses es inflexible en sus designios; reprocha a Brunilda el amor encendido por el héroe Siegmund que la impulsó a desobedecer su mandato y alejarla del padre. Sin piedad alguna, ordena que abandone el Walhalla.

Humilde y desesperada, la hija preferida de Wotan le ruega, por último, que si ha de expulsarla de la raza de los dioses y someterse a un hombre, que éste no sea ni indigno ni cobarde.

-¡Te someteré a un profundo letargo! ¡El que logre despertarte será tu esposo! - le replica el dios.

-¡Oye la última súplica que te dirijo! -ruega Brunilda-. Esto imploro de ti- ¡Haz que ardientes llamas circunden la roca donde duerma

y que devoren a quien se atreva a acercarse! ¡Así sólo el más valeroso de los héroes logrará despertarme!

El dolor de Brunilda conmueve por fin a Wotan y accede al ruego de la doncella. -¡Un fuego nupcial como nunca ardió para novia alguna te rodeará! ¡Abrasadoras llamas circundarán la roca y atemorizado huirá el cobarde! ¡Sólo obtendrá a la

doncella quien sea más libre que yo, que soy un dios! -conjura Wotan.

Acaricia a Brunilda por última vez, elogia su ternura y belleza inocente. La besa en los ojos, que se cierran inmediatamente, y la joven queda dormida junto a las flores del prado y bajo el verdor de los pinos.

Wotan le ciñe el casco y la cubre con el escudo. Invoca a Loge, y el fuego brota; una llama brillante empieza a rodear el sitio elegido formando un círculo ardiente y alto, que alumbra al anochecer.

Dormida dentro del cerco llameante queda Brunilda; y el primero de los dioses, ante la bella y serena visión de su hija, formula aún su última voto:

-¡Quien tema ni¡ lanza, no pase nunca a través de estas llamas!

III
SIGFRIDO

Los encinares del bosque se apretujan junto a la entrada de una gruta. De su interior llega el eco acompasado de un hierro golpeado en el yunque y el soplar de un fuelle. Los pájaros preludian sus cantares mañaneros y las hojas de los pinos y de los robles, de erguida planta, tienen el verde fresco y brillante. Los zorros y los lobos no sesgan con sus aullidos la tranquilidad de la selva. Sólo cl lamento de Mime, el enano herrero que forja en la gruta, rasga el silencio.

-¡Tormento pesado! ¡Trabajo sin fruto! La mejor espada que forjé en mi vida resistiría a los puños de los gigantes. ¡Y este jovenzuelo, que he criado y prohijado, la rompe como si fuera de juguete! ¡Carezco del arte que pueda unir los pedazos de la espada Nothung! ¡Y qué premio tendría si pudiera lograrlo!

Y Mime, agobiado por su trabajo sin fruto y sin descanso, prosigue la forja. ¡Oh, si él pudiera unir los fragmentos de Nothung! Fafner cl gigante, en cuyo poder está el anillo del Nibelungo y el casco alado, dueño de todos los tesoros que exigiera por la devolución de Freia, es ahora un dragón misterioso y terrible, de inmenso cuerpo, boca armada de filosos dientes, desgarradores de carne, y una cola poderosa que destroza golpeando. Si Nothung fuese soldada, el joven que ha criado Mime el enano podría librar combate con el dragón y conquistar el tesoro del Nibelungo para su tutor; Alberico no cuenta para nada en este plan.

Un toque vibrante de cuerno de caza seguido de un grito de alegría se oye a la entrada de la gruta. Un joven hombre alto, fuerte, erguido y hermoso como un dios; rubia la cabellera, azules los ojos; tostada la piel por los soles del verano y curtida por la ventisca del invierno; firme de músculos, ancho de pecho, robusto de torso, ágil el paso; una risa franca y un semblante abierto; el gesto desafiante y el aire osado de adolescente. Sigfrido es su nombre, según Mime lo llama; y suya es la exigencia de soldar a Nothung y que el enano por más que se esfuerza no puede lograrlo. Entra bullanguero en la gruta trayendo consigo un oso apresado en el bosque, que incita contra Mime, con alegría maliciosa.

-¡Muérdelo! ¡Cómelo! ¡Cómete a ese inútil forjador!

-¡Aparta de mí a esa fiera! -dice temblando Mime acurrucado detrás del hornillo.

-¡Lo traigo para atormentarte mejor! ¡A ver, pregúntale por la espada! -y acerca el oso, que gruñe, al enano que gime espantado.

-¡Hoy la acabaré de pulir! -asegura.

-¡Aleja a ese animal.

Y Sigfrido riendo quita la cuerda al oso, que escapa de inmediato al bosque. A los reproches de Mime por haber traído la fiera a la cueva, Sigfrido responde que siempre siente la necesidad de buscar un compañero mejor que Mime y a quien pueda amar y sentirse su amigo. Corriendo entre la arboleda del bosque ha hecho sonar su cuerno llamando al amigo imaginario; sólo el oso salió refunfuñando de los matorrales.

Pero ahora quiere la espada invencible que Mime debe haber forjado. El enano presenta la hoja reluciente; Sigfrido prueba su punta, luego la blande y la dobla con sus fuertes manos; los trozos de metal brillan después en el suelo. Y nuevamente su cólera se despierta. Vive soñando con una espada que resista a sus manos; con ella

podrá matar los dragones y entablar combates contra gigantes sanguinarios; realizar hechos heroicos y hazañas esforzadas. Sin embargo, no puede hacerlo aún porque cl arte de Mime no acierta a forjar la espada.

Y Sigfrido reprocha su inhabilidad al enano:

-¡Hasta cuándo has de engañarme, fanfarrón! -grita airado.

Entonces, Mime le reprocha su ingratitud. Ahora es un fuerte y hermoso joven; pero, ¿quién le cuidó al nacer? ¿Quién le enseñó a andar? ¿Quién guió sus primeros pasos? ¿Quién le hizo conocer el bosque, distinguir sus hierbas y treparse por los troncos y cantar con los pájaros? ¿Quién ha velado sus noches, preparado el alimento, y elegido los frutos silvestres para el niño? ¿Quién? La ingratitud de Sigfrido lo hunde en la desesperación; mientras Mime trabaja y forja, el joven vagabundea por el bosque, canta y caza. Sigfrido conoce toda la larga lamentación de Miele; siempre la ha escuchado desde niño, pues el enano se la repite desde que se dio cuenta de que podía entenderle. Así ha creído poder obtener el cariño del joven; pero lo único que ha logrado es su encono y el creciente alejamiento.

La presencia contrahecha del enano, su andar cojo, y su ademán torpe, no despierta compasión sino irritación en Sigfrido. Le repugna el alimento que le prepara, no puede conciliar el sueño en el blando lecho que le dispone; siempre ve y siente la mala intención que mueve al enano y nunca se le apareció leal y bueno. Por eso no siente afecto hacia él ni podrá sentirlo.

A veces una duda asalta su limpia conciencia de hombre criado en plena naturaleza

-¿Cómo es que huyendo por cl bosque para no estar contigo, vuelvo otra vez a tu casa?

-Porque estoy cerca de tu corazón -responde Mime.

-No olvides que no puedo sufrirte!

-Eso se debe a tu ferocidad; aún debo suavizar tus impulsos. Así copio los pichones pían por el nido y los cachorros gimen por sus padres, tú, sediento de cariño, vienes a mí. Porque yo, Mime, soy para ti como el ave madre para el hijuelo.

-Oye, Mime; si eres ingenioso contesta a esto: los pájaros cantan, se llaman uno al otro en la primavera. Tú me dijiste que eran macho y hembra. Construyen su nido y luego incuban los huevecillos; mas cuando nacen los polluelos, los cuidan juntos y los alimentan. El lobo macho lleva la comida a los cachorros y la hembra los cuida. En ellos aprendí lo que era el amor y jamás en mis correrías por el bosque robé un hijuelo. ¿Dónde está tu hembra, Mime, para llamarla madre?

i\ lime se encoleriza y reprocha a Sigfrido su pretensión. -Acaso él es pájaro o un zorro para ser igual a ellos?

Pero, entonces, Sigfrido quiere saber cómo es que puede haber un niño sin madre. Y aunque el enano intenta convencerlo de que él es su padre y su madre a la vez, Sigfrido no le cree y le recrimina el embuste.

-¡Y los hijos se parecen a los padres! En las aguas claras de los arroyos he visto

reflejarse los árboles, los pájaros, las nubes; allí también contemple mi imagen y me he visto completamente distinto de ti. Dime, entonces, ¿quiénes fueron mis padres?

Mime intenta disuadirle una vez más, pero Sigfrido salta a su cuello como un tigre joven. Sólo entonces puede conocer el secreto de su origen.

-Gimiendo encontré en el bosque a una mujer -comienza diciendo el enano; - la traje junto a mi fragua para calentarla. En este sitio naciste tú. Ella murió y tú te salvaste. Por ella me fue dado tu nombre; debía imponértelo porque te haría fuerte y libre.

Y nuevamente Mime quiere repetir la enumeración de sus cuidados y esfuerzos, pero Sigfrido le interrumpe:

-¡Quiero saber el nombre de mi madre!

-Lo habré olvidado?... Espera... Siglinda creó recordar que fue.

-Y el de mi padre ...

-Qué fue de mi padre?

-Nunca le vi. Tu madre sólo dijo que murió en un combate; como huérfano y desamparado te recomendó.

-¡Quiero una prueba de todo esto!

Y Mime le muestra los fragmentos de la espada Nothung que el padre de Sigfrido llevaba al perecer en su último combate.

Una alegría desbordante da paso a la pena en el joven. Con los pedazos de la espada rota deberá forjar el arma que blandirá en sus luchas. Quiere que Mime los una y trabaje un arma sin igual. Con ella saldrá del bosque y entrará en el mundo. ¡Cómo será ele feliz en su libertad! Tal como el pájaro y la alimaña en la selva. Como el viento que mueve las hojas y el agua que corre en los torrentes. Embriagado con la esperanza de su liberación corre al bosque llenando el aire con sus gritos de júbilo.

Mime no puede retenerlo a pesar de sus llamadas. Una nueva preocupación se suma a sus afanes. ¿Cómo podrá unir los pedazos del acero de Nothung? No hay horno con suficiente calor para ablandarlo ni martillo de nibelungo que venza su dureza; ni la envidia que devora su alma ni su rudo trabajo de enano tendrán la suficiente fuerza como para insistir en soldarla.

Además, ¿cómo podrá ahora inducir a Sigfrido a que penetre en la cueva de Fafner el dragón y entable combate matándolo y muriendo a la vez?

Las lamentaciones de Mime se interrumpen de golpe. Un viajero extraño ha entrado en su guarida; usa lanza, lleva un manto azul oscuro y un sombrero de anchas alas cae sobre su ojo tuerto.

Saluda al herrero asustado, que se cree amenazado por un peligro nuevo y no le ofrece hospitalidad. Pero el viajero le dice palabras significativas al descubrir su miedo y su turbación: él conoce de todo y nada le está oculto a su saber. ¿Por qué el enano no intenta ponerlo a prueba? Mime se anima y le formula tres preguntas, apostando su hornillo contra la cabeza del extraño.

-¿Qué estirpe vive en las profundidades?

-Los Nibelungos y Nibelhein es su patria. Son negros y Alberico en un tiempo fue su rey mediante el poder mágico de un anillo forjado con el oro del Rhin y que le proporcionó incontables riquezas.

-Mucho sabes, viajero; pero, dime ahora: `qué especie domina en la superficie de la tierra?

-La raza de los gigantes, cuya patria es Riesenhein; Fasolt y Fafner fueron los gigantes que

ganaron el anillo del nibelungo Alberico, y con él su poder. Sin embargo, la maldición del anillo los llevó a la discordia y a la lucha a muerte.

-¿Qué estirpe habita la región de las nubes? ¡Contesta ahora, viajero!

-Los dioses; su morada es el Walhalla. Wotan los rige y su lanza está hecha de la rama sagrada del fresno del mundo. En su asta están las "runas", fórmulas misteriosas, inscriptas, que revelan los pactos convenidos. Quien posea la lanza es dueño del mundo. Ante Wotan se inclina el ejército de los Nibelungos y la raza de los gigantes acata sus consejos.

-Viajero: has salvado tu cabeza; sigue, ahora, tu camino -dice el enano.

Pero el extraño, a su vez, quiere poner a prueba el saber del enano; su cabeza ha de servir de prenda si no logra responder a tres preguntas que el viajero ha de formularle.

Mime con humildad replica que hace tiempo abandonó su patria y se separó de su madre. La mirada de Wotan un día iluminó su cueva. Empleará todo su ingenio en salvar su cabeza, pues.

-¿Cuál es la raza que Wotan trata peor y, sin embargo, es la que más ama? -comienza el viajero.

-La de los welsas. Siegmund y Siglinda, dos

desdichados gemelos, descienden de ella; fueron padres de Sigfrido, el más poderoso de su raza.

-Resolviste la primera pregunta. Ahora: ¿Qué espada blandirá Sigfrido para matar a Fafner?

-Nothung se llama la espada. Wotan la hundió en un fresno de donde sólo Siegmund logró sacarla. Con ella fue al combate contra Hunding, pero Wotan se la quebró en pedazos. Sus trozos los guarda un hábil herrero, pues con ella, Siete fried, niño sencillo y osado, vencerá al dragón.

-Eres muy ingenioso; pero, ¿a que no sabes responder quién ha de forjar con los pedazos de Nothung la futura espada?

Mime no puede contestar a esta pregunta y confiesa su ignorancia, ya que, aunque es el más sabio herrero, no ha podido forjarla.

Con tono sibilino el extraño le comunica que tal cosa sólo podrá hacerla quien no sepa lo que es miedo. Y luego agrega:

-Desde hoy tu cabeza está empeñada y la cederás a aquel que nunca sintió el temor.

El nibelungo queda aterrado; el viajero ha desaparecido en el bosque circundante. Mime se deja caer junto al yunque y medita abatido. Un vivo resplandor y un gran estruendo le llega desde afuera; es Fafner que pasa hacia su cueva aplastando y destrozando lo que encuentra a su paso.

El enano, rendido y tembloroso, queda escondido a la espera de Siegfried.

Un grito alegre y juvenil lo vuelve en sí; es el joven que regresa. Al entrar pide la espada que ya debía haberle trabajado Mime; en ese momento se da cuenta el enano del oculto sentido de la sentencia del viajero: "Sólo podrá forjarla aquel que no sabe lo que es miedo". Sigfrido, por lo tanto. De modo que su cabeza de enano está empeñada al joven, ¿cómo podrá salvarse si no es infundiéndole miedo, haciéndole conocer el temor?

No duran mucho las meditaciones de Mime; Sigfrido pide a gritos su espada. Entonces el enano le dice en tono misterioso:

-¡Es preciso que te enseñe a tener miedo!

-¿Y qué es el miedo? -replica el joven.

-Cuando a la luz del crepúsculo estás solo en lo mas intrincado de la selva, ¿no has sentido alguna vez correr un frío aterrador por tus miembros, perturbados tus sentidos, oprimido el pecho y tembloroso el corazón?

-Con gusto quisiera sentir ese frío y ese temblor. Pero, ¿cómo me lo enseñarás?

-Sígueme -dice artero el enano y lo lleva fuera de la gruta-; aquí cerca hay un

dragón espantoso cuyas víctimas sin innumerables. Fafner y su terrible presencia te enseñarán a tener miedo.

-¿Dónde está? -pregunta el joven resuelto.

-No lejos del inundo, en una cueva que se llama de la envidia - responde Mime.

El joven se siente dominado por el entusiasmo y en la embriaguez de la lucha próxima pide la espada.

Asustado, el enano confiesa que no se siente capaz de soldar los trozos de Nothung. Entonces, Sigfrido resuelve hacerlo él. Entonando un canto alegre y jubiloso llena de carbón el hornillo y la llama brota viva y ardiente; luego linea los fragmentos de la espada ante el asombro del viejo herrero, reduciéndolos a polvo, que coloca en un crisol sobre las ascuas, mientras aviva el fuego con el fuelle.

-¡Nothung! ¡Notliung! -invoca Sigfrido y canta su trabajo mientras sopla el fuelle y se funde el metal.

-¡Pronto te blandiré, espada mía, Nothung, acero deseado!

El enano perverso y sombrío contempla el triunfo de Sigfrido y trama su muerte. Lo hará enfrentarse con Fafner alentando su ansia guerrera; que con Nothung mate al dragón y se apodere del anillo y del casco; pero luego le dará a beber un brebaje que le producirá la muerte.

El joven sigue absorbido por su tarea y canta:

-¡Forja, martillo mío, forja la resistente espada! ¡Cómo me alegran estas chispas brillantes! La cólera es un adorno para el valiente.

Sumerge el acero en el agua y se ríe al oír el chisporroteo; en tanto Mime piensa en la trama que su perfidia prepara.

-¡Nothung, espada envidiada! -grita Sigfrido en su exaltación blandiendo el acero. -Ya estás otra vez unida a la empuñadura. Rota te encontré; al padre moribundo se le hizo pedazos. El hijo la ha creado de nuevo; su brillo le sonríe y corta su filo. ¡Otra vez te di la vida!

Y con ella parte de un golpe el yunque en medio del pavor del enano.

La noche se ha entrado de golpe en la cueva viniendo del bosque. Entre los árboles los pájaros han enmudecido y las corzas, dobladas sus ágiles patas, descansan en los matorrales.

Escondido entre los árboles, Alberico el nibelungo, que sigue lamentando el despojo del anillo y del casco, vaga vigilando al dragón y aguardando al héroe que vendrá a combatirlo y a vencerlo. Sólo así podrá recuperar su tesoro.

Los murmullos del bosque llegan apagados y la lumbre de las luciérnagas puntea la noche. Un fulgor potente y extraño atraviesa la masa sombría de los árboles mientras se levanta un viento borrascoso. Cesa de pronto y la naturaleza queda como en suspenso. Ante el nibelungo empavorecido se aparece el viajero misterioso; la luz verde de la luna ilumina el rostro noble de ojo tuerto y aclara la majestad del porte. Alberico reconoce al extraño y se dirige a él enfurecido:

-¿Tú mismo en persona te atreves a venir?

Pero el viajero sin responder directamente pregunta al enano si acaso se halla en el bosque guardando la cueva de Fafner. El nibelungo sólo replica reprochando a Wotan, el extraño viajero, el despojo del anillo y de sus tesoros. El anillo forjado con el oro del Rhin debe volver a él y fomula la amenaza de asaltar cl Walhalla el día que vuelva a su poder. Pero el viajero augusto le predice acontecimientos inesperados; el propio hermano de Alberico, Mime, ha criado al héroe que ha de matar a Fafner. El joven es inocente, pero Mime lo utiliza para sus fines: obtener el anillo y el casco mágico. Y el dios con palabra intencionada agrega: "pero el tesoro lo tendrá quien lo gane". Anima al nibelungo a que prevenga a Fafner del peligro que ha de correr sugiriéndole que, a

lo mejor, en premio le ceda el anillo. Y al terminar esto se dirige a la cueva y despierta al dragón.

La voz tremenda del monstruo sale de la hondura del antro. El viajero le dice que alguien viene a salvarle la vida y que a cambio debe entregarle el tesoro. Entonces, Alberico le anuncia la llegada de un joven héroe que intentará matarle y le advierte que puede impedir ese com- bate siempre que Fafner le devuelva el tesoro. El dragón se burla del nibelungo y el viajero ríe desapareciendo en el bosque en medio de una súbita tempestad. Alberico queda consumiéndose en odio mientras le grita:

-¡Seguid riendo, desaprensiva raza ele los dioses! ¡Os estoy viendo desaparecer a todos!

La noche se va acurrucando entre los encinares y la neblina de la mañana estira sus gasas algodonosas en la copa de los árboles mientras el día amanece.

Mime y Sigfrido pisando las hierbas húmedas caminan a través del bosque. Han andado desde la madrugada en busca de la cueva del dragón. El enano le advierte que ha llegado el momento en que ha de sentir miedo y le describe al dragón y su ferocidad. Los esfuerzos son vanos; Sigfrido replica sencillamente sin temor que irá destruyendo una a una las armas del dragón: si la enorme boca es desmesurada, será bueno cerrársela sin acercarse a sus dientes; si la baba es venenosa y corroe la carne, se echará a un lado; si la cola rompe los huesos como vidrio, no la perderá de vista, y por último pregunta si acaso el monstruo carece de corazón.

-¡Lo tiene! -dice el enano.

-¿Al gin entra el miedo en tu corazón?

-¡Hundiré en el suyo mi espada! Eso es miedo?

Pero la presencia del enano le incomoda; quiere estar solo y no oír la cantilena del cariño a que apela Mime. El joven sabe que es falso y aunque cl enano le promete velar cerca de la fuente, el joven lo rechaza. Mime obedece; pero su deseo y su pensamiento anhelan que Sigfrido mate al dragón y que éste a su vez devore al joven.

A la sombra de los castaños descansa Siágrido; la arboleda susurra y los pájaros trinan a la mañana. El aire es tibio, embalsamado de pinos, y la tierra huele a romero y a muérdago. La frescura del bosque embriaga al joven, que se entrega a sus sueños imaginando el rostro del padre que no conoció y los rasgos de la madre. Piensa que los ojos de la corza no son tan claros y la mirada tan dulce como lo serían los de su madre. El canto de los pájaros llena la mañana transparente y entre los mil indistintos acentos el joven cree poder entender cl oculto sentido. Pero es sólo una ilusión. Quiere entonces imitar el trino de un pájaro y se fabrica una flauta de caña; pero su sonido es áspero, muy distinto del dulce cantar del ruiseñor. Toma su bocina de plata y modula una alegre melodía con la que siempre buscó a sus compañeros del bosque: los zorros, los osos y los lobos.

El aire se puebla de trinos y susurros; las hojas movidas por la brisa remedan conversaciones en voz baja.

De pronto, un enorme lagarto ha salido de una cueva y se enfrenta a Sigfrido; su tremenda voz sale potente de la enorme boca. Muestra sus dientes, amenaza con la cola e insulta al héroe, que celebra que el monstruo hable. El dragón quiere arrojarse sobre el joven abriendo, a la vez, su dentada boca; pero Sigfrido salta ágilmente hacia un lado. Un combate feroz se entabla y la decisión, rapidez y fortaleza del joven van venciendo poco a poco al monstruo hasta que cae rendido, atravesado el corazón por la espada Notliung, hundida hasta la empuñadura. Y en los estertores de la muerte cl dragón se dirige al joven valiente y le dice que la raza de los gigantes desaparece con él y que fue la ambición del oro maldito lo que la ha destruido; por él mató a Fasolt.

-¡Vive siempre alerta, joven; la traición rodea al dueño del tesoro y el que te

empujó a esta lucha trama tu muerte!

Luego suspira y muere. Sigfrido arranca la espada y sus manos se tiñen de sangre; maquinalmente lleva una a la boca -porque le quema como si fuera fuego. Al probar la sangre, al instante comprende el canto de los pájaros e interpreta el murmullo del bosque. Y oye a un pájaro que trina prediciéndole que ha de lograr cl poder con el anillo y el amor con el casco alado. Baja Sigfrido a la cueva a buscarlos y en tanto los enanos Alberico y Míme, que vienen para darse cuenta de la suerte del combate, disputan el derecho de estar presentes; ambos aspiran al privilegio de hacerse dueños del tesoro que conquistará el joven héroe y ocupadas sus mentes con tal deseo se hunden en las profundidades.

Sigfrido sale de la cueva dueño del anillo y del casco. Ignorante de su poder se los coloca creyéndolos meros juguetes.

El bosque está sumido en el silencio; un pájaro inicia su canto y lanza sus notas que quedan vibrando en el aire tibio de la mañana. Un leve susurro se levanta de las hojas y un movimiento raro, copio si los árboles y las hierbas se agitaran por una presencia oculta, rodea al héroe. Canta el pájaro nuevamente y Sigfrido por primera vez entiende su lenguaje; es un alerta a las maniobras solapadas de Mime y un llamado a la confianza en las propias fuerzas. Por haber probado la sangre del dragón ha adquirido el joven una sabiduría milagrosa.

Poco a poco aparece Mime arrastrándose por las rocas e intenta halagar al luchador; pero es inútil porque, gracias al nuevo poder de comprensión, Sigfrido entiende el verdadero y oculto sentido de sus mentirosas palabras. Y así, en medio del asombro del enano el joven acepta la bebida que le ofrece, pero, a la vez, de un golpe de Nothung le parte el cráneo. En ese momento Alberico hace oír su risa sarcástica desde las grietas de la roca.

La luz del mediodía ilumina el bosque y las hierbas cierran sus flores a la ardiente influencia. Los tilos dan gresca sombra y un olor de tierra abierta y mojada inunda el ambiente.

Sigfrido se siente fatigado de su lucha; sobre el oro ha arrojado el cadáver de Mime y cierra la entrada de la gruta con el dragón muerto.

Tendido bajo los árboles siente bullir la vida de la naturaleza bajo su cuerpo: la marcha levísima de las hormigas, de los cascarudos y los grillos; la movilidad de la tierra florecida, el lento aletear de las mariposas y el susurrar del viento. Se siente unido al suelo, pero solo, sin amigos por quienes realizar hazañas y empresas. Le ruega a su pájaro amigo le indique hacia dónde ha de dirigir sus pasos para encontrarles; y la respuesta le llega en forma de un trino prolongado y jubiloso.

-¡Ay! Sigfrido mató al enano malvado. Será ahora para él la mujer más hermosa. Duerme en altas rocas cercada de fuego; si logra atravesar las llamas y despertar a la joven, Brunilda será suya.

Una extraña exaltación crece en el alma de Siegfried al oír la voz del pájaro; se siente impelido a salir del bosque y correr en busca de la roca legendaria.

-¡Ningún cobarde logrará a la durmiente! -canta el pájaro.

- Sólo aquel que no supo nunca lo que es miedo!

-¡Soy yo! -grita el joven.

-¡He matado al dragón y no sentí temor! ¡Quiero que me lo enseñe Brunilda!

Y enajenado de entusiasmo corre a través del bosque siguiendo la huella musical que le traza cl canto del pájaro.

La noche ha bajado a la selva y los árboles sólo son masas que se agitan al pasar el viento. La tempestad empieza a formarse por el lado de la montaña. Los relámpagos iluminan al viajero misterioso que se guarece en una gruta; su voz se oye en la

oscuridad invocando a Erda.

-¡Erda! ¡Mujer eterna; abandona tu profunda morada y sal a la altura! Cantando te desperté de tu sueño. ¡Mujer que todo lo sabes, despierta!

Una irradiación azul alumbra luego la gruta, y en medio de ella aparece Erda, cuyos cabellos oscuros tienen un resplandor centelleante.

-¡Fuerte resuena tu canto; el poder del hechizo es grande! ¿Quién me privó de mi letargo?

-Yo, que acostumbro a despertar a quien domina profundo sueño. Te invoco porque nadie es más sabio que tú. Donde hay vida está tu aliento; donde se piensa, tu inteligencia. Tú debes responder a mis preguntas.

-Mientras duermo las Parcas hilan lo que yo sé. Dirígete a ellas.

-Sólo tú puedes cambiar el curso del destino y darme el medio para detener el giro de la rueda.

-Las acciones de los hombres oscurecen mi saber. Pregunta a Brunilda, hija mía y de Wotan, el que me dominó con su hechizo.

Pero el viajero insiste. Cuenta a Erda que Brunilda duerme un largo sueño circundada de fuego en castigo por haber desobedecido las órdenes de su padre. Sólo despertará para ser la esposa de un mortal. Al saberlo, Erda quiere volver al seno de la tierra, pero el viajero la retiene con su hechizo. Le pide que lo ayude a vencer el temor que lo domina de ver terminada la eternidad de los dioses. La angustia ha atado su valor; Erda, la sabia mujer, debe decirle a él, Wotan y dios inmortal, cómo ha de vencer ese miedo.

Pero Erda se indigna por la superchería de Wotan. No, no le ayudará. Entonces cl viajero le señala a ella su propio fin inmediato; la sabiduría de la madre termina con el fin de los dioses. Y con gesto majestuoso, el dios afirma que ya no le angustia el ocaso de los dioses porque su voluntad misma empieza a desearlo. Convertirá al más hermoso ser, a un welsa, en heredero del mundo, ajeno a la envidia, ansioso de amor. Sin miedo y valiente, contra él no ha de paralizarse la maldición de Alberico. El ha de despertar a Brunilda y Wotan le concederá la inmortalidad. No importa ya el consuelo de la mujer eterna; puede, pues, seguir en su sueño.

Erda se hunde y la oscuridad vuelve a llenar la cueva. En cl cielo los nubarrones cargados son llevados por el viento y los relámpagos que se alejan más allá de. la montaña anuncian la luida de la borrasca. La luz verdosa de la luna se filtra por los pinares del monte.

Sigfrido vaga desorientado; su pájaro guía ha desaparecido de pronto y cl canto ya no se oye, como si un poder oculto hubiera hecho enmudecer al ave- En un instante de fatiga, el joven se detiene cerca de la gruta. A su entrada cl viajero misterioso le observa y su grave voz rompe la paz de la naturaleza.

-¿Adónde te conduce tu camino, joven?

Detenido de pronto Sigfrido, responde que va en busca de una doncella que duerme en una roca protegida por el fuego. El desconocido pone en duda la veracidad del caso; pero el joven le explica que él no duda porque un pájaro le ha guiado con su canto hasta hace un instante y que su confianza proviene de un hecho milagroso. El entiende el lenguaje de las aves y comprende los secretos del viento, porque ha probado la sangre de un dragón, muerto en rudo combate. No fue el miedo lo que le movió a la lucha, sino la amenaza del monstruo de tragarlo; y su hazaña fue cumplida gracias a Nothung, una espada que él mismo había forjado.

La audacia y la confianza en sí que revela el joven provocan la risa del viajero; con ello consigue irritarlo y hacerle proferir amenazas contra el desconocido, al que augura la misma suerte que la corrida por 'lime. Luego el héroe se acerca al extraño y

le observa, al notar que el tuerto se mofa de él. Pero el viejo dios disculpa sus bravatas porque sabe que Sigfrido ignora su verdadero carácter.

-Siempre amé a tu raza -le dice-. Pero ya ha tenido la oportunidad de experimentar los efectos de mi cólera. ¡No la provoques de nuevo porque ambos seríamos víctimas de ella! -agrega amenazador.

Sigfrido sélo quiere saber dónde realmente está el sitio en que, tras ardiente cerco, duerme la más bella de las mujeres; por ello, las oscuras amenazas del anciano no lo arredran. Intenta seguir adelante dejando al viajero con sus palabras oscuras; pero éste con su lanza de fresno quiere detenerlo. Sigfrido la rompe con su espada y se abre paso hacia adelante.

Un instante la naturaleza se ha quedado en suspenso; cl mismo dios se oscurece y se desdibuja en la penumbra. La jubilosa decisión del joven ya no encuentra obstáculos y ebrio de audacia avanza entre los árboles hacia la roca distante que ve iluminada, pero inaccesible.

Un cordón de fuego de altas llancas brillantes se eleva en torno de la roca; su reflejo no detiene a Sigfrido. La movilidad del mismo deja ver cl cuerpo yacente de un ser dormido. La magia del hecho y lo inmediato del peligro no impiden al joven decidirse a lanzarse a través de las llamas.

-¡Oh, fuego delicioso! ¡Brillante resplandor que alumbras mi camino! -exclama-. ¡Mágica aventura es atravesarte y rescatar a mi amada!

Y haciendo sonar su cuerno de caza con un canto animoso y guerrero se arroja por entre las llamas, sin miedo y sin titubeo. Atrás quedan las llamas y ante sus ojos aparecen las rocas que hace un instante veía inaccesibles. Ha vencido al fuego y su canto resuena glorioso. Alguien descansa al pie de una roca bajo su brillante armadura, puesto el casco y protegido por el escudo; cerca, un caballo duerme plácidamente.

El joven héroe descubre al durmiente y deslumbrado aún por el fulgor de las llamas se detiene presa de admiración al notar que es un guerrero el que duerme. Levanta el escudo y al ver que respira todavía decide cortarle los anillos de acero que ciñen la coraza; al hacerlo aparecen ante su asombro las bellas líneas del cuerpo de Brunilda y la suave tela de lino.

-¡No es un hombre! -dice azorado-. ¡Mágica sensación arde en ni¡ pecho; mis sentidos desfallecen! ¡Madre, madre, acuérdate de mí!

Cae su cabeza sobre el seno de Brunilda y por primera vez siente palpitar su corazón y oprimirle el miedo. ¿Podrá, entonces, una mujer provocar el miedo que nada ni nadie lo lograra? Y en su turbación al ver que la durmiente no despierta, se decide a besarla en los labios. Brunilda abre los ojos y ambos se miran embelesados.

-¡Salud a ti, oh sol! Te saludo, luz del día. Largo fue el sueño. ¿Quién fue el héroe que me sacó del letargo?

-¡Sigfrido se llama quien te despertó!

Enajenada Brunilda saluda a la tierra y al mundo al saberse despierta por un héroe; le dice cuánto y desde cuándo lo amaba, aun antes ele nacer. Cómo lo protegió con su escudo y constituyó su cuidado y su pensamiento ele siempre.

-¡Oh, Sigfrido; lo que tú no sabes lo sé yo por ti! Pero lo sé porque te quiero. Mi amor hacia ti fue el pensamiento que me movió a desobedecer y a levantarme contra el mismo que lo concibiera; por él fui castigada porque sólo lo sentía y no lo advertía.

Canto milagroso colma el pecho de Sigfrido; las caricias paternas nunca sentidas y las viejas palabras maternas nunca oídas se hacen patentes y cálidas en la mirada luminosa de Brunilda. Percibe el calor de su aliento y oye el acento de su voz, pero no entiende el sentido de sus palabras. Sus sentidos están arrobados con la presencia de

ella. Brunilda siente la ternura del héroe, pero le ruega que no se acerque todavía, que no destruya lo divino de sí misma. Un extraño miedo comienza a invadirla; siempre fue una diosa y nunca ha sentido tan cercana la influencia de un mortal. De ahí su angustia y su tristeza.

-¡Cuánto te amo! - exclama el joven.

-¡Oh, si tú me pertenecieras! Un agua agitada ondea frente a mí; sólo veo a esa oleada de amor. ¡Oh, si sus olas amándome me arrastrasen! ¡Despierta, Brunilda, vive y sonríe en dulce amor!

-Mágico encanto invade mi pecho -dice Brunilda.

Y luego, en un arranque conmovido, admira al joven héroe:

-¡Tesoro de las más maravillosas acciones! Sonriendo nos perderemos: sonriendo nos hundiremos. ¡Adiós, Walhalla! ¡Adiós esplendor de los dioses! ¡Muere por cl amor, generación eterna! ¡Acércate, crepúsculo de los dioses, y que asome la noche de su destrucción! Para mí brilla ahora la estrella de Sigfrido. ¡Mientras esté vivo el amor, dulce será la muerte!

-¡Siempre, Brunilda, serás la dicha para mí! -responde el joven-. ¡Mientras luce el amor, sonríe la muerte!

Y sonrientes y confiados, cara al sol y al cielo que es una vela celeste izada en el horizonte, inician los jóvenes su idilio puro y transparente.

IV
EL CREPÚSCULO DE LOS DIOSES

En las rocas más empinadas de la montaña, envueltas en la sombra de la noche, hilan las Parcas cl destino de los dioses y de los hombres. La más anciana está tendida bajo un pino de anchurosa copa y el mirar a lo lejos pregunta por un extraño resplandor que divisa. La más joven responde que es Loge con su ejército de llamas rodeando la roca sagrada.

La noche, acurrucada bajo el cielo, tarda en desperezarse. Las tres Parcas cantan e hilan. La más anciana ata una cuerda de oro a una rama de pino y mientras hila, canta:

-Un día hilaba al pie del fresno del inundo bajo su ramaje, junto a un arroyo cristalino. Un dios atrevido se acercó a beber a la fuente y la osadía le costó un ojo; entonces Wotan rompió una rama del fresno y se hizo el asta de una lanza. Herido el árbol secó su follaje y sus ramas y la fuente dejó de manar. Canta ahora tú, hermana; sabes lo que ha de suceder. Ahí va la cuerda.

La segunda Parca enrosca la cuerda alrededor de una piedra a la entrada de una gruta y canta:

-Wotan grabó las "runas" en el asta de su lanza y con ésta dominó al mundo. Un joven héroe la quebró en pedazos y así destrozó el contrato sagrado. Wotan ordenó, entonces, a los héroes del Walhalla que destrozaran las ranas secas y el tronco del fresno del mundo. Cayó el fresno y la fuente cesó de manar. Canta, hermana, ,sabes lo que ocurrirá?

Y la tercera Parca recoge la cuerda y arroja tras sí uno de los extremos mientras canta:

-Wotan está sentado en su sala del palacio construido por los gigantes, rodeado de

héroes y de dioses. Amontonada está la madera del que fuera fresno del mundo. Si llega a arder, habrá llegado el momento del fin de la eternidad de los dioses. Seguid hilando, hermanas.

Recogen la cuerda y la más anciana la ata a la rama. Vuelve a creer que amanece y como no acierta a distinguir lo pasado, pregunta por la suerte de Loge. La segunda Parca le responde que el poder de Wotan le obligó a rodear de fuego la roca de Brunilda; la tercera agrega que los pedazos de la destrozada lanza se los hundió en el pecho Wotan, brotando de la herida un fuego devorador, en el cual arrojó el dios las astillas del fresno del inundo.

Si buen hilando las Parcas y la cuerda va y viene; pero la segunda se da cuenta de que se enrosca con dificultad en la roca y canta:

-Los bordes de la piedra cortan la cuerda; los hilos no se alargan y el tejido está enredado. Envidioso, lo roe el anillo del Nibelungo y la maldición c e la venganza destroza las hebras de mi labor.

La tercera Parca recoge precipitadamente la cuerda y la halla demasiado floja. No le bastará para señalar el Norte; tendrá que tirar de ella. Y al hacerlo la cuerda se rompe en el medio. Las Parcas asustadas se unen entre sí y se ciñen con los pedazos de la cuerda.

La noche ha ido poco a poco develándose y el claro día irrumpe por sobre las montañas.

-¡Se acabó el sabor eterno! -dicen quejum- brosas las Parcas-. ¡Nada podemos anunciar al inundo! ¡Bajemos al seno de nuestra madre! -y descienden en busca de Elda.

Con la aurora naciente, Sigfrido y Brunilda salen de la gruta. Brunilda lleva su caballo de la brida y lamenta tener que abandonarlo. Ha perdido su condición divina y, con ella, su sabiduría; pero le queda cl amor. Ruega al joven que no la olvide en sus andanzas por el inundo.

Sigfrido promete vivir para y por Brunilda, y como símbolo de su fidelidad le regala cl anillo mágico que arrancara de los tesoros del dragón después de matarlo tras ruda lucha. Narra a Brunilda su hazaña y su júbilo extraño al darse cuenta que entendía el lenguaje del pájaro guía. Brunilda, en cambio de su obsequio, le regala su corcel, el mismo con el cual cabalgaba sobre las nubes llevando los héroes muertos en combates. Por donde vaya, Grane lo conducirá impávido; a través del fuego, del agua, de la tormenta, del bosque. Sigfrido quiere marchar en pos de hazañas heroicas llevando el amor y el recuerdo de Brunilda consigo; la joven lo anima y le promete aguardar su regreso victorioso.

-¡Salud a ti, Brunilda! ¡Estrella luminosa!

-¡Salud a ti, Sigfrido! Luz vencedora!

Y en la mañana transparente se recorta la figura hermosa del joven héroe que se pierde en la lejanía llevando al caballo de la brida. A la distancia se despide haciendo sonar su bocina de plata; y los valles repiten agrandado el eco.

Lejos, el Rhin corre presuroso hacia cl mar. Aguas arriba, sobre altas rocas y frente a bosques tupidos que bordean las márgenes, se alza la vieja morada de los Guibijundos. En su sala de armas rodean una mesa los dueños de la casa: Gunther, Gutruna y Hagen.

Hagen elogia la propiedad de su hermano Gunther, mientras éste alaba su ciencia. Hagen les dice a sus hermanos que los encuentra en edad y en condiciones de casarse; y ante la sorpresa de ellos les propone matrimonio con dos seres extraordinarios. Para Gunther, la más bella de las mujeres; para Gutruna, el más valiente de los héroes.

Cuenta a Gunther que sabe de una hermosa mujer que duerme en una roca circundada de alto luego inaccesible; sólo un héroe que no conozca el miedo podrá arrancarla de su extraña prisión. Tal mujer debe ser para Gunther y tal héroe para Gutruna. Pero, aducen sus hermanos, ¿cómo podrá conseguirse que el héroe ame a Gutruna y la joven a Gunther?

Hagen da a conocer los nombres: Sigfrido es el más osado de los héroes, y Brunilda es la mujer que espera ser salvada de las llamas. Y ante el asombro temeroso de sus dos hermanos, Hagen planea la forma de destruir lo que el valor y el amor han creado naturalmente. Y la insidia se afirma y crece con la sugerencia que Hagen hace a su hermano Gunther, de que invite a Sigfrido a su castillo, pues se sabe que el héroe navega a lo largo del Rhin en busca de hazañas y en alas de un amor. Al ser huésped de la morada de los Guibijundos, puede Gutruna darle a beber un brebaje que le haga olvidar su amor por Brunilda y, en cambio, amarla a ella. De ese modo ambos berma, nos podrán cumplir sus deseos uniendo sus vidas con la más bella mujer y el más valiente de los héroes.

Remontando el Ruin y abriendo un surco trémulo avanza una embarcación; de pie en ella va un hombre de erguida y noble planta y un caballo de guerrero. El sol ilumina el casco del hombre y la rubia cabellera que cae sobre los hombros; las barrancas del río repiten el eco de su jubiloso canto de guerra. Es Sigfrido que viaja por el Rhin, embriagado por el recuerdo de su amor, decidido su ánimo para lograr hechos heroicos.

La luz del inundo, la alegría de los pájaros, el rumor de las aguas, el temblor del viento y el susurro de las hojas acompañan el paso del héroe con una sinfonía de matices sutiles. El canto del hombre llena el ámbito y la naturaleza se sume en silencio para recogerlo.

Cuando la embarcación llega frente a la casa de los Guibijundos ,los hermanos miran el paso de Sigfrido por el río; Hagen, desde la orilla, llama al viajero.

-;Dónde vas, héroe insigne?

-A buscar al poderoso hijo de Guibij.

-Te ofrezco su morada - responde Hagen-. ¡Atraca aquí!

Gira Sigfrido su embarcación y salta a tierra con su caballo. Gutruna ha visto al héroe desde lejos e impresionada por su apostura escapa a su habitación. Sigfrido pregunta por el famoso Guibijundo cuya fama oyó mentar a todo lo largo de su viaje por el Rhin.

-¡Yo soy! - dice Gunther.

-Desde muy lejos, en el Rhin, oí alabar tus hechos. Vengo a combatir contigo o a ofrecerte mi amistad.

Gunther ofrece su amistad y su morada; sus bienes, sus tierras, sus vasallos y aun su persona. Sigfrido acepta y ofrece lo único que posee: su persona y su espada.

Pero Hagen le recuerda que posee el tesoro del nibelungo, respondiendo el héroe que todo ello lo dejó abandonado en una gruta, llevando con él solamente el casco, cuya virtud ignora. Entonces Hagen le hace conocer el mágico poder del casco; con él puede adoptar cualquier forma y trasladarse donde quiera. Le pregunta luego por el anillo, respondiendo el héroe que una mujer sublime lo guarda consigo.

En tal instante aparece Gutruna trayendo un cuerno lleno de licor; ante el héroe expresa su

bienvenida. Sigfrido bebe dedicando un pensamiento previo a Brunilda y a su amor; es su primera libación y en ella jura anearla para siempre. Pero después de haber probado cl brebaje se siente transformado; una súbita pasión por Gutruna lo

domina y bajo su impulso, irreflexiblemente, pide a Gunther se la ceda por esposa. Ante tal petición el Guibijundo le habla de una mujer que le aguarda dormida en una roca y cercada por el fuego; su nombre es Brunilda. El héroe parece recordar algo, pero el licor bebido le impide tener clara su mente. Sólo atina a prometer, cuando Gunther le habla de la barrera llameante que no podrá pasar, que él, el héroe invencible, la atravesará y traerá la mujer al Guibijundo, siempre que le conceda a Gutruna. No le será difícil; utilizará el poder mágico de su casco, tal como se lo enseñara Hagen.

Sigfrido y Gunther sellan el pacto de la amistad haciéndose una cortadura en sus brazos y mezclando la sangre en una vasija y luego bebiéndola. Unidos quedan, entonces, en fraternal amor; si uno de los dos rompe el juramento, la sangre bebida brotará a torrentes de su pecho.

Hagen no ha querido tomar parte en el juramento; su diabólico plan lo anima en todo momento. Y es tal la ansiedad que el brebaje provoca en Sigfrido que quiere partir de inmediato

para conquistar a la mujer que duerme dentro de un círculo de fuego y cedérsela a Gunther; Gutruna debe ser el premio a su hazaña.

Hagen y Gutruna ven partir a los dos guerreros y mientras la mujer corre a su cuarto llena ele alegría, Hagen medita en los hechos consumados y se prepara para apoderarse del anillo del nibelungo que arrancará a Brunilda.

La joven desposada permanece aún en la gruta e donde viera partir a Sigfrido; pasa sus horas en la espera mirando de vez en cuando el anillo, regalo del héroe. En un momento dado siente el lejano galope de un caballo que poco a poco va acercándose. Un instante después oye la voz de su hermana, la walkyria Waltrauta.

-¡Brunilda, hermana! ¿Duermes o estás despierta? ...

Y Brunilda corre a su encuentro con alegría. Supone que sólo por cariño a ella ha podido quebrantar la prohibición de verla impuesta por Wotan. Y con exaltación le habla ele su felicidad presente.

-¡El héroe más valiente me ha hecho su esposa! ¿Deseas mi suerte? ¿Quieres compartir mi dicha? -le pregunta.

-Otra cosa ha sido lo que me ha obligado en

mi angustia a buscarte, desobedeciendo a Wotan.

Y muy preocupada le cuenta que desde que se separó de Brunilda, Wotan no las conduce al combate; no quiere encontrarse con los héroes del Walhalla. Solo y sin descanso viaja por el mundo a caballo. Una vez llegó con su lanza rota y, entonces, ordenó derribar el fresno del mundo y amontonar en el recinto sagrado los pedazos. Luego convocó a los dioses y a los héroes que acongojados llenaron la estancia. Sentado, sin probar las manzanas de Holda, mudo e inmóvil, mandó a dos de sus cuervos a un largo viaje. Una vez volvieron con buenas noticias; luego otra, y fue la última, y por última vez sonrió el dios eterno. Angustiadas le miraban las walkyrias; una, Waltrauta, se reclinó en su pecho y entonces murmuró el dios:

-Si Brunilda devolviese el anillo a las hijas del Rhin, libertaría al dios y al mundo de su maldición. - La walkyria abandonó la asamblea sin ser vista, montó a caballo y a escape salió en busca de Brunilda. Ya junto a ella le ruega desprenderse del anillo maldito que luce en su mano y devolverlo a las hijas del Rhin.

-¡Oh!, no sabes lo que para mí representa este anillo -responde Brunilda-. Constituye para mí más que las delicias del Walhalla, más que la gloria de los dioses eternos, porque en él brilla para mí el amor divino de Sufrido. Ve y dile a los dioses que no lo obtendrán aunque se derrumbe y desaparezca el Walhalla.

E invita a alejarse a su hermana.

-¡Oh, dolor! -dice Waltrauta-. ¡Desgraciada de ti, hermana! ¡Desgraciados los dioses del Walhalla!

Y sin despedirse de su hermana abandona cl lugar y luego se oye cl galope de su corcel que se aleja.

Brunilda, de pie en la roca, ve acercarse la noche; el crepúsculo se adensa y su penumbra hace brillar más las llamas que protegen a la joven En la paz del anochecer se oye clara y distinta la llamada de Sigfrido; sale gozosa a recibirlo.

Un guerrero aparece; atraviesa sin temor las llamas y se adelanta a Brunilda; es Sigfrido con su casco, pero bajo la apariencia de Gunther.

-¡Brunilda! ¡Hasta aquí vino quien no terne al fuego! ¡Sígueme y sé mi esposa!

-¡Traición! -grita Brunilda-. ¿Quién eres? Sólo un brujo pudo escalar la piedra. ¡Volando llega un águila a despedazarme! ¿Quién eres tú, horrible aparición? ...

-Gunther, un Guibijundo - responde Sigfrido.

-¡Wotan, dios cruel! ¡Comprendo ahora tu venganza! -gime Brunilda-. ¡Me entregas al dolor y a la vergüenza!

-Contigo he de desposarme en tu morada -agrega el guerrero.

Grita horrorizada Brunilda y le amenaza con el poder de su anillo. El guerrero se arroja sobre ella y se lo arranca mientras la joven cae rendida por la lucha.

-¡Ya eres mía, Brunilda, esposa de Gunther! -le dice el guerrero y la obliga a entrar en la gruta con ademán imperioso.

A solas el falso Gunther dice mirando su espada:

-Ahora, Nothung, eres testigo de que honestamente logré a esta mujer guardando fidelidad al hermano.- Y penetra decididamente en la gruta.

El Rhin se ilumina con la luz lunar y las aguas marchan murmujeando a través de las tierras boscosas de la vieja Germania. Aguas arriba, frente a la morada de los Guibijundos, Hagen está dormido en su umbral. Ante él, Alberico, el rey de los nibelungos, se ha aparecido y sentándose le habla así, en sueños:

-¿Duermes, Hagen, hijo mío?

-Te oigo, enano - responde sin moverse Hagen.

Y el nibelungo con voz cargada de odio le incita a proseguir en su aversión a la alegría y a la gente jovial; de ese modo podrá amarle mejor a él, que es su padre. Luego le cuenta cómo un welsa, de la estirpe de Wotan, ha derrotado al dios y cómo toda la generación de los dioses ve acercarse s u próximo fin. La herencia del mundo será de ellos si Hagen le es fiel. El welsa rompió la lanza de Wotan después de vencer al dragón; ante ese héroe se postra el Walhalla y el país de los nibelungos. Pero ese héroe ignora el valor del anillo que posee; sonríe y sólo vive para el amor. Es necesario recobrar ese anillo, pues ahora lo posee una mujer, Brunilda, y hay que evitar que ella le aconseje que lo devuelva a las ondinas del Rhin. Es preciso que antes lo recobre Hagen. Y el enano hace jurar en sus sueños a Hacen, desapareciendo luego y hundiéndose en las sombras.

Amanece. Las brumas se alejan y brillan las aguas del río a la luz del alba. Abriéndose paso entre los matorrales de la ribera aparece Sigfrido, que llega presuroso en busca de Gutruna. Sale al encuentro Hagen y el joven héroe le cuenta el episodio de los desposorios falsos con Brunilda bajo la apariencia de Gunther, el rapto de la misma a través de las llamas y su entrega al Guibijundo. Anuncia que navegan por el Rhin en dirección a la vieja morada de Gunther y recomienda que se reciba con gran alegría a los desposados. Luego se dirige gozoso en busca de Gutruna. Hagen, de pie en la altura de las rocas que bordean el castillo, hace sonar un cuerno de asta de toro y convoca a los vasallos de Guibij. Desde las cumbres y los llanos empiezan a llegar guerreros armados que averiguan el porqué de la llamada de Hagen.

-Estad sobre aviso; debéis recibir a Gunther que se ha desposado y conduce a su morada a una hermosa mujer. Debéis hacer inmolaciones a los dioses. Vuestros mejores bueyes a Wotan para que vea correr la sangre; ovejas a la diosa Fricka para que haga feliz la unión, y un jabalí al dios de la alegría.

-¿Qué haremos después de inmolar?

-Tomad los vasos que os ofrecerán hermosas mujeres, llenos cíe hidromiel, y bebed hasta embriagaros; todo en honor de los dioses y de los desposados.

Se oyen exclamaciones de alegría, fuertes risas y gritos de salutación. Divisase a lo lejos la barca que conduce a Brunilda y a Gunther; cuando está frente a la casa algunos vasallos se lanzan al agua y la amarran. Los otros cruzan las armas, en tanto las mujeres se asoman a la entrada de la casa de los Guibijundos. De ella salen Sigfrido y Gutruna a saludar a Gunther y su esposa, y Brunilda al verlos se siente desfallecer, provocando con ello el asombro de los presentes.

Frente a Sigfrido, en vano intenta Brunilda despertar en él los dormidos recuerdos y sólo oye palabras de alejamiento y de olvido. Pero cuando reconoce en su mano el anillo de los nibelungos que le fuera arrancado en la malhadada noche pasada, por el presunto Gunther, su indignación es tan grande como su desesperación. Con palabras temblorosas exige de Gunther una explicación. Si él se desposó con ella y le arrancó el anillo, ;cómo es que ahora está en poder de Sigfrido?

Los vasallos oyen las protestas emocionadas de Brunilda y se agrupan amenazantes. Hagen cree llegado el mejor momento y aprovechando la angustiosa actitud de Brunilda, el olvido de Sigfrido y la confusión evidente de Gunther, acusa al joven welsa ele traidor y perjuro. Pero los vasallos preguntan a quien se hizo traición y cómo.

Presa de un tremendo dolor y agitada por los sollozos, Brunilda clama a los dioses por la ignominia que sufre; ella, que no se conmovió ante la petición ele Waltrauta que le transmitió cl oculto deseo de Wotan cíe que salvara al Walhalla devolviendo el anillo al Rhin, y que se negó a rescatar al inundo de los dioses de su disolución; ella, que condenó a Wotan a morir y que perdió toda su ciencia al desposarse con un mortal, ahora vuelve su rostro desesperado a los divinos seres del Walhalla. En vano Gunther intenta calmarla; Brunilda lo rechaza y lo acusa, a su vez, de traidor, de traidor de sí mismo, y ante el estupor de los oyentes confiesa que está desposada con Sigfrido y no con Gunther. Los vasallos y las mujeres se miran asombrados y se indignan cuando Brunilda acusa ahora a Sigfrido de haber faltado al juramento de fidelidad a Gunther. Y ante la exigencia de los guerreros, Brunilda y Sigfrido juran sobre la punta de la lanza de Hagen; Sigfrido afirmando que no faltó al juramento. Brunilda asegurando que fue perjuro.

En medio de la confusión Sigfrido invita a los guerreros a no dejarse llevar por maniobras de mujeres. Los invita a proseguir el banquete y antes de salir, lleno de alegría, con Gutruna, se acerca a Gunther y en vez baja le confiesa el temor de que Brunilda lo haya podido reconocer a pesar del casco mágico.

Brunilda lo ve salir con profunda pena, y Gunther, que no ha podido aclarar nada ante sus vasallos, queda lleno de vergüenza junto a ella y Hagen.

La dolida esposa lamenta su suerte y llora la pérdida de su sabiduría; las llamas de Loge la protegían en la roca aislada de toda decadencia, pero al arrancarla Sigfrido de allí y arrastrarla a la llanura la ha despojado de todo poder divino y convertido en una indefensa mortal. El amor ha perdido a Brunilda; y ella por amor ha condenado a su vez a los dioses.

Al oír sus lamentaciones de abandono y soledad Hagen le ofrece su apoyo para vengar la traición de Sigfrido; sólo con amarga sonrisa recibe tal insinuación

Brunilda. ¿Qué mortal podrá abatir la fuerza y la arrogancia del joven héroe? Ella le ha dotado de todos los medios para hacerlo invulnerable; su amor le ha concedido los poderes divinos que ahora le hacen falta a ella. Pero Hagen no ceja; .y con insidiosas preguntas obtiene de Brunilda la confesión de un secreto de Sigfrido: tiene su cuerpo un punto vulnerable en la espalda. Pero el welsa jamás ha dado la espalda en ningún combate; entonces, nadie podrá herirlo de muerte.

-¡Allí le herirá mi lanza! -dice Hagen-. ¡Animo, Gunther!

Pero Gunther se siente abrumado por la pena y cl oprobio. ¿Cómo lavar esa afrenta? Brunilda lo acusa de cobardía; ¿acaso no se escondió tras el héroe para conquistar nuevas glorias? El Guibijundo rechaza esta última afrenta; no es ni traidor ni vendido, ni engañador ni engañado. Va a vengar tal ofensa y, entonces, pide el apoyo de su hermano. Y de éste sale la condena decisiva; sólo puede lograrse la salvación con la muerte de Sigfrido, que debe pagar con su sangre el perjurio y la traición. Pero, antes -sugiere la perfidia de Hagen-, hay que arrancarle el anillo.

Un último escrúpulo se alza para Gunther: ¿podrá darse muerte al esposo de Gutruna? ¿Cómo presentarse luego ante ella? Y recién Brunilda se da cuenta dónde reside el mágico poder que ha embelesado y trastornado a su esposo; por ello, pide que también el dolor hiera el corazón de Gutruna con angustia eterna. No hay, pues, obstáculos que se opongan a la decisión de matar a Sigfrido. ¡Que muera!, piden el dolor de Brunilda, la perfidia de Hagen y el oprobio de Gunther. La sentencia ha sido dada. El gozo de Hagen es indecible; será dueño del anillo, y en su embriaguez invoca a su padre Alberico y al nocturno ejército de enanos para cumplir su obra.

La fiesta por la boda de Gutruna prosigue, en tanto; Sigfrido y la nueva esposa aparecen adornados con hojas de encina. La noche cae sobre los bosques y con los suaves tonos del amanecer se apaga la última hoguera y el último grito del festín de los vasallos.

El río estira la cinta plateada de su corriente ondulada. Se levanta la bruna y con ella se eleva la lamentación de las ondinas que lloran el oro robado. Tiempos tristes son los presentes; el lecho del río es oscuro y siniestro.

Las notas alegres de un cuerno de caza llegan hasta las orillas. Sigfrido aparece en la ribera corriendo tras un oso; pero se detiene a contemplar a las ondinas. Las hijas del Rhin elogian su belleza varonil y le piden su anillo, Pero ante su negativa ríen del héroe porque es avaro y porque tiene miedo de su mujer; si no arrojaría el anillo sin titubear. Sigfrido no cree en las palabras de ellas y no les arroja la joya; entonces las ondinas le narran la terrible tradición del anillo y el dolor y la muerte que su posesión ha causado. Tampoco Sigfrido cree en sus amenazas y lanza su desafío al destino. Al verle enajenado huyen horrorizadas las ondinas, cantando su última lamentación ante el obcecado joven que habiendo podido salvarse de la desventura se queda con el anillo.

Oye Sigfrido la llamada de los cazadores y en respuesta hace sonar su cuerno. Bajan las barrancas del Rhin, Hagen y los cazadores; beben y se echan a descansar. Tendido entre Gunther y Hagen, Sigfrido bebe y cuenta sus hechos. Tentado estuvo de matar dos cuervos que le anunciaron su muerte; luego narra sus proezas juveniles, su vida al lado de Mime, su decisión de forjar de nuevo a Nothung, la lucha con el dragón y, más tarde, su proeza al conquistar a través de una barrera de fuego a una mujer divina, a la que desposó. En ese momento dos cuervos salen de los matorrales y revolotean sobre el héroe; éste se incorpora y los sigue con la mirada sin comprender su anuncio. Y en ese instante, vuelta su espalda a Hagen, recibe el golpe de lanza a traición. Gunther y los cazadores miran aterrorizados mientras Sigfrido se desploma.

-¡Tomo venganza de un perjuro! -dice, y abandona cl lugar.

Gunther, conmovido frente a los vasallos contristados, sostiene a Sigfrido. Un silencio enorme se ha extendido sobre los hombres y la tierra. El héroe agoniza, y en su morir va recobrando su recuerdo y palabras ele amor para Brunilda van brotando de su garganta.

-¡Brunilda, esposa sagrada! ¡Despierta, abre tus ojos! ¡Oh, esos ojos tuyos; quién me diera verlos siempre abiertos! ¡Oh, muerte dulce!... ¡Brunilda me saluda amantísima!

Los guerreros han colocado el cuerpo moribundo sobre el escudo y marchan a través de la selva en fúnebre cortejo; la noche se ha volcado sobre la naturaleza; la luna se asoma por entre la fronda de los árboles y su fría y verdosa lumbre aclara el sendero. La bruma ha descendido sobre el Rhin y el silencio pesado de los duelos vela al héroe.

En la morada de los Guibijundos las mujeres esperan. El río brilla a lampazos cuando la luz de la luna rompe la niebla. Gutruna ha salido al sentir el relincho del caballo de Brunilda que se dirige al río; en la oscuridad siente crecer su miedo. Luego la voz de Hagen le llega desde cerca:

-¡Despertad! ¡Traed luces y alumbrad! ¡Traemos un buen botín de caza! ¡A su casa vuelve el héroe! ¡Salúdalo, Gutruna!

Los vasallos y las mujeres han salido con hachones encendidos al encuentro del cortejo. Gutruna ve inanimado a Sigfrido e increpa a sus hermanos por el asesinato que adivina. Gunther se defiende y Hagen se vanagloria de su crimen; a gritos exige el precio de la muerte: el anillo del nibelungo. Gunther, entonces, lo acusa de querer despojar a Gutruna de su herencia; se traban en lucha los hermanos y Gunther muere en manos de Hagen en medio del horror de los cazadores. Luego se lanza sobre el cadáver de Sigfrido para arrancarle cl anillo; pero la mano del muerto se alza amenazadora.

-¡Cesad en vuestros llantos! ¡Su esposa llega a vengar la traición! -se oye dominadora la voz de Brunilda. Ante ella Gutruna la acusa de ser la causa de las desventuras; pero Brunilda proclama su derecho de esposa única y primera. Y con ademán majestuoso se dirige a las demás mujeres:

-¡Alzad una pira a orillas del Rhin y que sus altas llamas se eleven brillantes porque han de consumir al más sagrado de los héroes! ¡Traed su corcel!

Los jóvenes y las mujeres levantan la pira y la adornan con flores y tapices; luego los guerreros llevan el cuerpo de Sigfrido, y Brunilda le saca el anillo. Ella lo devolverá a las ondinas del Rhin. De las cenizas lo recogerán, pues Brunilda quiere arder en los leños que consumen el cuerpo del héroe. Conmovida y fuerte toma una antorcha y pone fuego a la pira. Invoca a los cuervos sagrados de Wotan y los conmina a que narren a su señor los dolores padecidos y, al pasar por la roca que aún vela Loge, le ordenen que regrese al Walhalla. Los cuervos remontan vuelo y entonces Brunilda se dirige a los mortales que han presenciado su padecer.

-¡Raza poderosa de los hombres! ¡Vida en flor,

que veréis a Sigfrido y a Brunilda consumidos por las llamas y devuelto el anillo al Rhin! ¡Mirad hacia el norte! ¡En la oscuridad de la noche veréis brillar en el cielo un resplandor vivísimo; es un incendio de llamas aterradoras que no olvidaréis jamás! ¡Es el ocaso de los dioses, el fin del Walhalla que se desploma bajo la llama del fresno del mundo! Quedareis sin dioses y sin dominadores. Pero en cambio yo os daré el tesoro más sublime de mi ciencia divina; he aprendido a saber que la felicidad no consiste ni en la posesión del oro, ni en los bienes, ni en la pompa y el poderío; ni en los lazos que atan pactos traidores ni en las costumbres hipócritas. En la alegría como en el dolor no hay más que una sola fuente de felicidad para cl hombre: el amor. ¡Sólo

el amor nos da la verdadera vida y la eternidad!

Las palabras de Brunilda golpean los corazones de los guerreros; traen el caballo Grane y la walkyria monta y se arroja al fuego. Las llamas se alzan altas y temblorosas; chisporrotea la pira y un humo rojizo y espeso se cierne sobre ella. Luego decrece cl fuego y la neblina ardorosa queda flotando. El Rhin se desborda y las aguas van cubriendo los restos humeantes.

Guerreros y mujeres se refugian aterrorizados en lo alto de la casa de los Guibijundos mientras las ondinas avanzan con las olas. Hagen, endurecido y perverso, sólo se conmueve ante la posible pérdida del anillo. Se arroja al agua para disputarlo a las ondinas y las hijas del Rhin lo hunden y lo arrastran a las profundidades. Volverá el oro a irradiar su esplendor en el fondo torrencial del río.

Hacia el norte, en el sombrío horizonte, un resplandor rutilante, corno una fantástica aurora boreal, incendia el cielo. Arde en fuego devorador el Walhalla y los dioses desaparecen en su seno; se borra de los mortales el recuerdo de los inmortales. Libres quedan los hombres y redimidos por el sacrificio de Wotan.

Brillando en el fondo sombrío de la incertidum- bre humana quedan las palabras esperanzadas Brunilda. El inundo de los hombres queda sin c minadores; pero el hombre debe buscar por sí lo la senda de su destino, alumbrado por una luz divina, no la del poderío y la riqueza, sino la del amor. Sélo el amor traerá la dicha y la eternidad a la raza liberada a través del holocausto de 1os héroes y de los dioses inmortales.

Fin

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar